

LA IRA  
de Los MANSOS

Víctor M. Mirete

*Dedicado a Elena Campos, mi mujer.*

*Por ser la mejor acompañante de viaje, por darme las herramientas necesarias para ser feliz y por ser quien siempre sube al tren que yo subo.*

*Los mansos son los que no son bravos, los mansos son los que no tienen el poder, los mansos son los que viven bajo un dominio determinado, ya sea político o económico; éstos son los mansos, la ira de los mansos. Yo hablo de un momento en que esa ira se manifiesta o se pudiera manifestar; quiero decir que han sido mansos durante generaciones y generaciones, y ahora se acabó. Y cuando eso ocurre, si algún día ocurre, entonces el mundo no tendrá más remedio que enfrentarse, eso que parece ahora mismo imposible. Los mansos son los humillados, son los ofendidos, es la gente despreciada que vive silenciosamente y que lo acepta, y cuando lo acepta, no tiene fuerza ni capacidad para reaccionar.*

*José Saramago.*

## Nota Preliminar

Es posible que mientras escribí esta novela, no estuviese en mis mejores condiciones mentales y anímicas. Es posible. La vida nos arrastra repetidas veces a vivir situaciones y etapas que nos controlan el paso y nos privan de libertad emocional, física y constructora. Puede que esté siendo algo metafórico, pero sucede que cuando más cosas tengo apretadas en el pecho y menos espacio encuentran para salir, es cuando más metafísicamente brotan mis palabras y teclean mis dedos. Pero es que al final, la vida, la sociedad y el planeta nos va surtiendo de infinidad de sucesos y experiencias extrañas, violentas y salvajes que nos van marcando y perfilando nuestro yo.

En fin, lejos de escribir de mí y de mis desvaríos personales, he optado por volcar toda la ira, contención y frustración en un box de la UCI de un hospital, que podría ser de cualquier ciudad de España, y donde como en un escaparate social; expongo de manera y forma ponderadamente extremista algunos de los defectos e incongruencias mentales que nuestro entorno y sociedad nos presenta casi a diario y en cada rincón, como un circo irónico, hipócrita, esclavo, dañino, corrompido, enmascarado, perverso y vengativo. Y lo hace de manera continuada y palpable.

Estoy de acuerdo y entiendo, que cualquier soslayo que hagáis sobre estas palabras os puedan llevar a pensar que el derrotismo forma parte de mi modo de ser. Pues os diré que en absoluto. Creo que todos tocamos a diario lo más oscuro y despreciable de nosotros mismos. Y es ese el más evidente motivo por el que aún queda luz y grandeza por la que pelear. Sentirse derrotado forma parte del individuo y de la colectividad. Si no hay derrota jamás saborearemos una buena victoria. Aún así, convencido de que la red que tejemos a diario entre todos nosotros como individuos dentro de una sociedad cada vez es más peligrosa; yo, sin embargo, experimento la sensación de necesidad de hablar del modo en que ahora puedo hacerlo, porque tal vez en un mañana no muy lejano pueda y deba no hacerlo de otro modo. Y dado que nuestro estado de ánimo y el entorno son parte de la configuración de nuestro sistema nervioso, neuronal y creativo, me veo obligado a decir cosas que tal vez suenen surrealistas, atroces, salvajes o simplemente normales.

Pero en realidad, la pura realidad de todo cuanto sucede en esta historia es que acabaréis sintiéndosos identificados con la vida y pensamientos de quienes la cuentan, de forma directa o indirecta, en vosotros mismos o en detalles que hayáis observado en otros. Personajes todos ellos que acabarán siendo culpables de todo cuanto critican y de todo cuando prejuzgan. Y sí, probablemente empecéis pensando que puedo estar siendo exagerado o desproporcionado, pero estoy casi convencido de que acabaréis sintiendo que he sido demasiado suave. Quizás porque no soy capaz de ser tan real imaginando y escribiendo, como la vida misma sucediendo.

## Prólogo

Hablar de Víctor Mirete es hablar de una persona nacida para crear, su imaginación desborda cualquier posibilidad de imaginar que tengamos. Él supera, casi siempre, esas cosas que solo les pasan a los genios.

Esta novela corta, relato largo, o unas cuantas páginas que ya tenemos en nuestras manos, nos van hacer sentir cosas que no sentimos nunca. La ira va a aflorar en nosotros, la empatía por su protagonista, el agobio de la situación, el manso que no puede hacer nada; te vas a poner en su piel, vas a sentir cómo invade tu vida, pasarás de la paz al arrebato, de la serenidad a la rebeldía más iracunda.

Una situación límite nos dejará perplejos, la ira nos aflorará en cada una de las distintas situaciones que nos describe Víctor con su maestría con la pluma.

Nos hará pensar cuándo fue la primera vez que nos dimos un beso, nos hará reflexionar, el porqué de nuestra primera riña de pareja. O qué sentimos oyendo mentiras de nosotros y no poder contestarlas.

En nuestra cabeza se ajustarán todas las piezas que ha ido construyendo a lo largo de la descripción magnífica de los personajes, resaltando, con sus miserias, las verdaderas realidades de las personas.

Hay que leerla hasta el final para disfrutar de cada uno de los personajes variopintos que aparecen, con retranca, con sarcasmo, con prepotencia, con ironía. Y el final, ese final...

Agradecer ahora, en este momento, que este amigo haya confiado en mí para su prólogo, es todo un detalle de pura compensación de cariño y respeto que nos tenemos.

Lectores, no paren de pasar hojas, de vivirlas como yo lo he hecho, ah y de aprender, que también hay enseñanzas.

Asensio Piqueras

## Capítulo 0

Es complicado mantener la compostura cuando sabes que jamás podrás moverte de la cama en la que estás postrado. Aunque más difícil aún es poder conocer de primera mano, en boca de ellos, todo lo que piensan de ti tus seres queridos, tus conocidos, tus amigos, tus recién conocidos enemigos, tu jefe, los médicos e incluso gente que no conoces de nada absolutamente. Me pregunto si para ellos sería igual de complicado mantenerse firmes si supieran que les estaba escuchando día y noche, hora tras hora, minuto tras minuto. ¿Hablarían con esa libertad entonces?

Pero ahora que la madurez de la inmovilidad y la impotencia de actos me ha regalado la posibilidad de pensar con más claridad y de escuchar con más atención, debo decir que si había algo por lo que deseara poder abrir los ojos de nuevo, poder hablar y poder mover un músculo para hacer alguna señal; sin duda sería para lograr ver sus caras y su reacción al enterarse de lo que estaba pasando en realidad. Una a una, todas sus caras. Debe de ser algo psicótico, perverso o incluso macabro, lo sé, pero mentalmente se me dibujaba una ligera sonrisa diabólica en el rostro al pensar aquello. Y digo mental, porque físicamente era imposible. El estado vegetativo en el que estaba mi cuerpo tras entrar en coma, hacía de mí un ente del todo inerte y falto de empatía para el resto del mundo. Por suerte, no tenía sensaciones de dolor físico, salvando algún que otro cosquilleo muy leve o esas punzantes sacudidas cerebrales espontáneas que me iban y venían, sobre todo cuando me conectaban algo que por lo que oía debía de ser un novedoso aparato estimulador. Encima, estaba siendo un conejillo de indias para los avances de la medicina. ¡Pero oye, que me quiten lo «bailao»! lo mismo hasta me convierten en «Radiactivo-man» o algún «X-Men» con superpoderes curativos... ¡No, mejor con superpoderes para ligar, que coj...! Ya que tengo un superpoder, que sirva para algo productivo.

Eso sí, mi único miedo era que con tanta prueba médica que me estaban haciendo, en algún momento descubriesen que podía escuchar todo cuanto decían, todos. O mucho peor, que acabase muriendo mi cerebro y mi oído junto con mi cuerpo, lo cual parecía que iba a suceder de un momento a otro, según vaticinaban los médicos. Y ahora, que la historia se estaba poniendo interesante, sería toda una decepción evitar que fuesen ellos mismos. Por lo menos, estaban siendo sinceros, conmigo y con ellos mismos; que por lo visto es algo que la gente solo es capaz de hacer cuando dan por muerto a alguien o cuando piensan que no les estás escuchando.

Hoy tengo suerte, es viernes, y los viernes suelen venir casi todos. Supongo que es una forma de limpiar sus pecados para poder disfrutar del fin de semana con alevosía. O porque era el único día de puertas abiertas para todo el que quisiese visitar a los enfermos que estaban en grave peligro de muerte. Lo cual, era mi caso. Pero bueno, la cuestión es que iban cayendo a cuentagotas por el Box 5 de la UCI del hospital de la ciudad donde me tienen residiendo a jornada completa desde hacía unos meses. No a pensión completa, porque es evidente que carezco de los medios necesarios para disfrutar de la succulenta comida que deben estar sirviendo al resto de los enfermos que sí pueden comerla. Yo, por lo que creo, lo único que recibe mi cuerpo, son sueros y sustitutivos medicinales que me deben estar proporcionando las vitaminas, proteínas y todas las cosas que acaban en «inas» que me hacen falta. Cuando lo que de verdad necesito es un buen bocadillo de jamón, o un cocido con pelotas igual de grandes que las del imbécil de mi cuñado. Esa fue la primera visita del mediodía del viernes... Mi cuñado y mi cuñada, la hermana mayor de mi mujer.

Me llamo Lázaro, tengo treinta y nueve años, estoy en coma desde hace un par de meses y aún no sé porqué exactamente. Solo sé que fue debido a un accidente y que debió de ser bastante gordo. No sé si hubo más involucrados y si alguien corrió peor suerte que yo. Que ya es decir, porque a ver si se creen que escuchar tanta gilipollez sin poder hacer nada para evitarlo, es plato de buen gusto. Aunque a día de hoy, sigo intentando escuchar con atención para ver si saco algo en claro, por lo menos, antes de morirme. De modo que, si no tenéis nada mejor que hacer, os contaré mi historia. Ah, por cierto, a modo curiosidad os diré que soy publicista. Trabajo desde hace unos cuantos años en una empresa de publicidad, creando anuncios de TV y radio, eslóganes, carteles y demás grafismos para eventos, productos, campañas, etc. Vamos, que me paso ocho horas sentado delante de un ordenador poniendo a prueba mi creatividad e ingenio, cosa de la que me pagan medio regular, pero a cambio me permite ir gratis a muchos sitios y probar muchas cosas para familiarizarme con aquello a publicitar. Y básicamente lo que hago es conseguir crear un reclamo para que todos vosotros acabéis necesitando comprar algo que en condiciones normales no hubieseis hecho. O, por lo menos, lo intento. En cierto modo, sí, soy culpable del consumismo y de la hipocresía del siglo XX. Pero no, no soy Risto Mejide. Aún no soy tan famoso ni me han llamado para presentar un «reality show». Mi mayor logro hasta ahora es haber creado el anuncio de ese cachivache que han inventado para que los perros puedan surtirse su propia comida cuando el dueño está fuera. Estuvo durante varios meses en la televisión y fue todo un éxito. La empresa o los anormales que lo idearon se forraron, hasta que acabó descubriéndose el pastel. El literal pastel que los chuchos montaban en la casa cuando el dueño se iba y dejaba al perro a su propia suerte culinaria. Para que os hagáis una idea, aquellos que no lo hayáis visto, el anuncio decía algo así como: «En el siglo XXI el hombre ha tenido que aprender a cocinar, a planchar, a hacerse la cama... ¿Por qué esperar al XXII para que también lo hagan tus mascotas? Se acabó el sufrimiento, se acabaron los llantos y los arañazos en las puertas. Convierte a tu perro en su mejor chef y todo gracias a...». Aquello se iba narrando durante un spot de casi un minuto en el que salía una supercasa con un superperro, vestido de chef y haciéndose su propia comida. Al final, aparecían los dueños de la casa, con sonrisas de oreja a oreja, regresando de un viaje a la Toscana y siendo recibidos con un succulento ágape preparado por el chucho en cuestión. Sí, sé lo que estáis pensando, dicho así y viéndolo escrito, parece surrealista, esperpéntico y absurdo. Pero joder, coló. Vaya si coló. Además el rodaje del mismo debo reconocer que era la leche, por no hablar de los efectos digitales.

En fin, a grandísimos rasgos, este soy yo. Pero si queréis saber más y peor, comenzaré en la siguiente página.

**Viernes de 2015. 11:20 Pm.**

Joder, hasta sin poder abrir los ojos era capaz de ver su diabólica y cínica cara! ¿Alguna vez habéis odiado a alguien tanto como yo a mi cuñada? Pues yo no, jamás había odiado a nadie tanto como a ella. Bueno sí, a su marido. El muy imbécil era... ¡Mira, es tan fácil como decir que todos tenemos a uno en nuestra vida!

Es el graciosamente jodido cuñado que sabe más que tú, que tiene mejores cosas que tú, que es capaz de conseguir lo que más deseas de un modo más rápido y efectivo. Y si no, conoce alguien que lo hace, lo compra, lo consigue o lo tiene mejor que tú. Bueno, todo ello, claro, solo cuando no le pides el favor. Es justo en ese preciso instante cuando de repente aparece algún factor inoportuno que le impide facilitarte eso que tan bien y rápido es capaz de hacer o conseguir. En fin, mi cuñado es uno de esos tipos que solo te hablan para escucharse a sí mismos. Pues mira, ahora que de verdad tenía una inmejorable oportunidad para hablarme sin que yo le interrumpiese, parecía haberle comido la lengua el gato; o la gata. Esa felina no era otra que la dominante arpía de su mujer. Una especie que por desgracia no está en peligro de extinción, aún.

En fin, por lo menos, aquel día vinieron sin sus dos engendros de hijos. Engendros en el buen sentido de la palabra, por supuesto. Si entendemos por engendros a dos individuos capaces de desmontar un piso entero en menos tiempo que varios operarios de IKEA a la vez.

—¡Pues yo le veo peor pinta que la semana pasada! —exclamó mi cuñada. Su despectivo tono ya casi ni me ofendía, más bien me repudiaba.

—Sí, parece que... —trató de apostillar sin éxito su marido.

—Si lo que no sé es por qué seguimos viniendo a verlo. Le voy a decir a mi hermana que es tontería volver cada semana si no hay novedades.

—Pues sí...

—Pero la mujer se ha empeñado en que pasemos, que el estar aquí todos, podría hacer que despierte.

—No creo, la verdad. Esperem...

—¡Pues claro que no! —le chilló a su insulso marido con énfasis, reprobando algo con lo que encima estaba de acuerdo. Aquí teníamos dos síntomas claros de los matrimonios absurdos: Uno, el calzonazos que solo es capaz de hacerse el fiero cuando no está su mujer; y dos, la «toca huevos» de turno con delirios de grandeza y que lo único que pretende es tener la voz cantante en todo—. ¡Si ni tan siquiera nos oye, qué mierda va a despertar el «pansío» éste!

Bueno, pues aquí se equivocaba, y no por lo de «pansío», sino porque sí podía escucharles. Y bien alto. Esta tía se merecía todo lo malo que le pasara. La verdad es que nunca mantuvimos una estrecha relación, ni una complicidad tal, pero he de reconocer que hubo un tiempo que casi me engaña y por pelos llegué a pensar que no era tan mala víbora. Por suerte, rectifiqué a tiempo, y no le volví a dirigir más palabras que un saludo y una despedida cada vez que coincidíamos en las «simpáticas» reuniones familiares.

—Espero que mi hermana llegue pronto con el niño, no me apetece estar aquí de pie plantón toda la mañana.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues que vendría un poco más tarde. No sé qué tendrá que hacer, porque hoy no trabaja. Y el niño está de vacaciones, es festivo en el colegio.

—Pues no tardará.

—Eso espero, porque últimamente está muy rara.

—¿Muy rara? Tampoco es que tu hermana sea muy cuerda en condiciones normales, y dado lo que se le viene encima...

¡Ves, eso me tocó los mismísimos! Sobre todo porque su hermana ni tan siquiera recriminó ese tono despectivo de su marido. Si no fuese porque estaba aquí acostado sin poder mover un músculo, me hubiese dirigido cariñosamente a él para presentarle a mi puño. A ver si tiene lo que hay que tener para decirme eso a la cara, a mí o a ella, a solas, sin nadie más que nosotros delante para poder acabar la conversación como caballeros. En fin, no quería cabrearme, porque además aquella noche había dormido incluso placenteramente. Sin ir más lejos, un par de sueños de agradables encuentros con el otro sexo y una pequeña sensación de que todavía podía mover mis extremidades se apoderó de ellos. ¡Cuándo, fíjate, en los sueños suele pasar todo lo contrario! Suele suceder que notes cierta inmovilidad o sensación de impotencia. Pero desde que no podía menearme la cama de la UCI (la cual no sabría decir si era o no era cómoda), mis sueños eran más fluidos y ágiles. Cosas de la vida y del coma.

—¡Si es rara, es porque Lázaro la ha convertido en rara! —Lázaro era yo, por desgracia—. ¡Qué sí, que tenía sus cosillas! Pero desde que se casó con él, parece haberse vuelto gilipollas.

Y eso lo decía ella. De mis dos cuñadas, es decir, de las tres hermanas, hubiese jurado que la gilipollas era ella; la rara, la hermana mediana; y la que se salvaba, mi mujer. Luego estaba el hermano, el patriarca, después de morir el padre. No era el primogénito, sino el segundo en la estirpe de los Montes, pero había asumido el rango de mandamás. Aunque la realidad era que mandaba menos de lo que se pensaba. Pero bueno, las opiniones de los demás, son las opiniones de los demás. Y yo, era el de demás. El que sobraba en esa gran familia española de bien.

—Parecía diferente cuando llegó a la familia. Aunque yo no me lo tragaba entonces, ni me lo trago ahora, por supuesto —replicó mi cuñado—. ¿O no te acuerdas que empezó con tu hermana teniendo una relación con otra persona todavía? Además, nadie enteramente decente fuma tabaco de liar el primer día que conoce a sus suegros, ni se esconde detrás de esa ridícula y absurda barba. ¡Joder, si parecía un camionero borracho! —puto viejo prematuro, pensé. Detrás de ese traje de Armani y esa facha de empresario remilgado, había un «viejuno» con más egoísmo que fanfarronería—. ¡Que no, que es un falso y un manipulador, sabe muy bien poner la buena cara y estar tranquilito y luego es un trastornado! Gente así no llega nunca a nada. Bueno, ahora sí que no va a llegar a muchos sitios.

Me pregunto si alguno de los médicos, incluyendo la argentina, alguna vez habían tenido la suerte de escuchar las lindeces que me propinaban mis allegados. A decir verdad, puede que en algún momento de mi vida, me volví excesivamente diplomático, hasta el punto de rozar la falsedad, pero si les hubiera dicho lo que pensaba a cada uno de ellos, puede que hubiese hecho daño a otras personas que tal vez no lo merecieran. Y es que a menudo, la vida te enseña que debes callar, aunque no debas hacerlo. Con frecuencia la vida te enseña a contener la ira y a ver el mundo que hay de tus ojos.

—No debería salir de esta —dijo con la boca pequeña mi cuñada. Luego, se hizo un incómodo silencio, hasta para mí. Y es que desde que me encontraba en la situación de oyente y nada más que oyente, lo que más me fastidiaba era no escuchar a nadie hablar, sabiendo que estaban allí. Y más aún cuando a buen seguro me estaban deseando «suerte» en mi devenir.

Lo único que escuché durante los siguientes diez minutos, fue el histriónico sonido del Whatsapp de sus móviles. Me hubiese apostado el oído a que hablaban entre ellos. Pero bueno, nunca lo sabré. Dicen que el Whatsapp está llevando al abismo las relaciones humanas y que lo único que se genera en esas conversaciones son malentendidos, ya que se carece de gestos (por muchos emoticonos que pongan, incluida la flamenca) y de entonación o intenciones en las



palabra. Pero en mi caso, encima se sumaba a ello que me quedaba sin saber nada de nada. La tecnología no había avanzado tanto como para llegar a la gente en estado vegetativo. Eso sí, por lo menos, el no ver, oler, sentir, ni estar de «mente presente», te daba otra serie de cualidades y habilidades que solo los detectives aventajados, invidentes y algunos magos mentalistas eran capaces de desarrollar. Y es que en mi cabeza cualquier pausa, sonido leve, ritmo o frecuencia, se convertían en una multitud de opciones a barajar y poco a poco iba adquiriendo una base empírica al respecto que me permitía descifrar en mi mente las escenas como si de verdad las viese. En este caso, por la velocidad de respuesta a la que recibía los Whatsapp mi cuñada, solo podía deberse a dos cosas: O la persona al otro lado de la conversación solo escribía monosílabos, o la persona al otro lado de la conversación era mi mujer. Mi mujer, Marta, era (y aquello no sabía muy bien si decirlo con la boca llena o no) la persona de este mundo que más rápida escribía con el móvil. Aquello era inhumano, absolutamente portentoso. No sé muy bien, la verdad, para qué servía, al margen de para desquiciarte y ponerte nervioso viéndola o incluso estando al otro lado de la conversación. Pero el caso es que Marta tenía ese don.

En fin, supongo que mi cuñada se había desesperado en apenas quince minutos de visita. Qué puedo decir; el esfuerzo que ha hecho la mujer ha sido encomiable, de reconocer sin duda por mi parte. ¡Anda y que te den, sucia y vieja víbora! Tenía tan solo dos años más que yo, pero su mentalidad estaba más cercana a la de la señorita Rottenmeier de Heidi, que a la de una mujer del siglo XXI, como se jactaba en decir.

Pero cuando ya pensaba que la mañana iba a ser un fracaso absoluto, aparecieron en escena el médico habitual que me estaba tratando y una enfermera de quien no conocía su voz. Supuse que venían a la inspección rutinaria de los viernes, pero cuál fue mi sorpresa, que aquella visita acabó convirtiéndose en todo menos en rutinaria. A partir de ese momento, las sorpresas sucedieron una tras otra.

—Buenos días. Tardes, mejor dicho —saludó primero el médico, luego lo hizo la enfermera y por último, mi cuñado con su deferente tono fanfarrón y mi cuñada con su cínica teatralidad. Aunque por su tono voz, se podía advertir: «¡Vaya, encima nos va a tocar responder las consultas del médico!»

—¿Son ustedes familia? —preguntó el médico.

—No... Sí, bueno, soy la hermana de su mujer. Vendrá enseguida, estamos esperándola, ella podrá...

—No se preocupe, vamos a hacer unas revisiones rutinarias y a tomar varios datos —respondió displicente el médico.

—Está bien, si quiere salimos, para no molestar —¡qué bien sabía dar ambiente celestial y agradable a su voz mi cuñadita!

—No hace falta señora, no tardaremos —replicó la enfermera, cuya desconocida voz era tan sedosa y juvenil como para dilucidar que era una de las chicas en prácticas, y que aún no había pasado por mi box. Mi mente, como de costumbre desde hace un par de meses, empezó a trabajar, intentando crear un físico para aquella voz. Puedo decir que su imagen se presentó en mi cabeza como una joven de poco más de veinte años, tersa, de tez pálida, ojos negros vidriosos y labios pequeños pero insinuantes. Incluso llegué a imaginar el filo de sus elevados y turgentes senos asomando por la abertura entre botones del batín de enfermera.

Después de un austero y estricto silencio en el que tan solo pude distinguir como trasteaban los monitores y las maquinatas que debían estar conectadas con tubos y cables a diversas partes de mi cuerpo, se produjo algo que jamás olvidaré. A no ser que la muerte traiga consigo el olvido de la memoria. El doctor pidió a la enfermera que le pasase los informes últimos. Luego, el sonido de su respiración se alejó, y cuando habló supe que estaban lejos de

mí. Fuera del box o en el box de al lado. Mis cuñados seguían allí, podía percibir el siseo de sus cuchicheos.

Creo que cerré los ojos, o por lo menos mentalmente lo hice, para prestar toda la atención auditiva posible a lo que los médicos y mis cuñados estaban hablando.

—Me han dicho que su mujer está de camino, ¿verdad?

—Sí, debe estar al llegar.

—Bien —le brotó un carraspeo inevitable de su garganta antes de seguir con la exposición de los hechos—. Miren, he tratado lo suficiente con ella y con otros muchos familiares en situaciones similares como para saber que este tipo de noticias primero deben estar en conocimiento de alguien que no sea la esposa o pareja del enfermo, o de los padres en su defecto.

Cuando el médico dijo aquello apenas sentí nada, estaba tan concentrado en escuchar, que no me di cuenta de lo que estaba escuchando. Algo así como si estuviese escuchando un chisme de otra persona, pero resulta que era de mí y de mi mujer de quienes hablaban. La conversación prosiguió más o menos en la misma línea hasta que al médico se le ocurrió decir...

—Si supera el coma, Lázaro perderá las dos piernas. Es más, las ha perdido ya, pero su cuerpo sigue en estado vegetativo. Aún así, en caso de despertar, sus piernas seguirán inválidas, por explicarlo de forma sencilla.

No. No sentía dolor físico alguno, como os digo. Nada de nada. Es curioso, pero los acontecimientos a los que nos vemos abocados accidentalmente y que encima se alargan demasiado en el tiempo, pueden provocar nostalgias y deseos un tanto paradójicos. Tal es así, que echaba de menos sentir dolor. Y cuando digo dolor, me refiero a ese dolor que te hace reír y llorar al mismo tiempo. Y en aquel preciso momento, hubiese deseado con todas mis fuerzas sentirlo, sentir todo el dolor del mundo en mi cuerpo y sobre todo en mis piernas, pero el único que tuve fue mental y del alma. Aquel dolor me dañó, me hirió y me martirizó como ningún dolor físico hubiese podido hacer. Es otro tipo de dolor. Otro imposible de controlar, porque ni tan siquiera apretándote en otro punto del cuerpo con mucha fuerza, consigues que pase inadvertido.

En fin, era otra de las cosas que debía asumir allí postrado. Iba a perder las piernas. Por completo. Cada vez más, el hecho de salir con vida de ésta me estaba provocando más angustia que el hecho de «palmarla» sin más. Y si tuviese que hacer balance del diagnóstico de los médicos una vez fuera del coma, y de lo que había sido mi vida antes de este punto y coma, la verdad es que se me quitaban todas las ganas de recuperar los otros cuatro sentidos.

Para que os hagáis una ligera idea, mi vida se resumía de forma muy sencilla desde que había caído en esa cama: Aburrimiento, discusiones y poco sexo. Aunque también os digo que antes de ir a parar a esta situación mi vida ya era un poco bastante así. Por lo menos aquella era la ecuación más habitual que se estaba dando en mi vida desde los últimos ocho o nueve años. Que viene siendo el tiempo que llevaba casado y formando parte de la familia Montes. A veces me pregunto cómo mi vida se convirtió en eso. Pero sí soy frío, fue en aquella fiesta de reencuentro de antiguos alumnos donde empezó todo.

### *Diez años antes. 2005*

Joder, se trataba de volver a ver a los viejos compañeros y compañeras de clase del colegio. Pero no, resultó que a varios de mis antiguos compañeros se les ocurrió la fabulosa idea de acudir al evento tan esperadísimo con algún que otro amigo, y que por supuesto no habían sido compañeros; es más, ni siquiera habían pasado por el mismo colegio, ni años antes ni años después. Y claro, un tipo afable, dicharachero, algo repelente en algunos casos, aunque siempre con cariño y con la pinta de bohemio reflexivo y comprensivo que yo tenía; cómo no iba a entablar el contacto más cercano con aquellas muchachas del nuevo orden que se habían presentado aquella noche en el restaurante donde habíamos quedado para comenzar el famoso reencuentro.

Y así fue, en un alarde de ingenio conseguí sentarme al lado de aquella rubia de labios carnosos e importante trasero. Llevaba un vestido ceñido, estampado con motivos florales en tonos naranjas, sin que ello resultase farragoso a la vista y al buen gusto. Yo era algo bohemio, sí, pero no hippie, de modo que mucha flor y desidia en su estilismo me hubiese tirado para atrás. Pero la chica tenía su morbo y a la vez se notaba que se cuidaba y que tenía cierto estilo elegante. Se movía muy sugerente y sutil, teniendo especial cuidado en la posición de sus morros y sus piernas, las cuales, sin duda eran el factor más llamativo en ella. Ni muy delgadas, ni muy gruesas. Con la suficiente tersidad como para intuir que algo de trabajo de tonificación había en ellas, pero sin cruzar el límite de la feminidad. Total, que me senté a su izquierda y durante toda la noche estuvimos manteniendo una cordial y, por qué no decirlo, interesante conversación sobre actualidad y cosas triviales. Lo más interesante fue que no tenía novio; cosa que en mi no era del todo así de tajante.

Esa situación cambió pocas semanas después. De repente Marta, la que a día de hoy es mi mujer, y yo, parecíamos haber encontrado un amor increíblemente pasional con caducidad ilimitada. Y así fue durante los doce primeros meses. ¡Qué ilusos somos los seres humanos! Ilusos de verdad. Toda la vida buscando la felicidad y el perfecto amor, cuando lo que estamos realmente buscando es la infelicidad basada en teorías traídas por el cine, los centros comerciales y las canciones de Alejandro Sanz. Y precisamente con una canción del cantante madrileño empezó nuestro idilio aquella noche. Justo cuando en la intimidad de la barra de la discoteca donde fuimos después de cenar, vimos la posibilidad de hablar con más cercanía, nocturnidad y picardía. La música estaba lo suficiente alta como para que tuviésemos que hablarnos a poco más de un palmo de distancia. Marta pidió un Cacique con Coca-cola y yo un tercio. Por supuesto, esta primera ronda la pagué yo.

—¡No es lo mismo!

—¿Esa? Vaya, siendo una de las últimas canciones que ha sacado, supongo que ha sido fácil que te viniese a la cabeza tan rápido. Me da a mí que no eres muy fan de Alejandro Sanz —dijo ella, guiñando los ojos y levantando los labios con un precioso gesto irónico.

Es cierto, intenté engañarla fingiendo ser un gran conocedor de la discografía del «pasteloso» cantautor, y conste que el chaval no me cae mal. Reconozco que no es mi estilo. Yo era más roquero que todo eso. Pero fíjate, me sirvió para dar rienda suelta al ingenio y para que ella se riese una y otra vez con las socarronas tonterías que fueron saliéndome de la boca.

—¡Perdona que te diga, pero esta es una señora canción! ¿O me vas a decir que es lo mismo estar hoy aquí riendo las gracias a gente que ha engordado el doble de kilos de años que han pasado sin vernos y que siguen diciendo las mismas chorradas que en el colegio pero con una voz más ronca; a ser tu quien consiga que yo me ría y piense que no he engordado nada en estos quince años? Pues no, no es lo mismo ser que esta, como dice la canción de Sanz.

—¡Oye! Que yo no tengo culpa de que toda esta panda de perdedores esté tan aburrida como para tener que reunirse con gente que ni siquiera le caía bien en su día, con el simple motivo de ver cómo no solo ellos mismos son los que se han hecho viejos.

—Cierto. Mira. Si hasta los tontitos de clase parecen ahora simpáticos. Las tías buenas se han dividido en dos sectores: Zorronas horteras o gordas con familia numerosa casadas con tíos que viven más en el bar que en su casa. Y los «fieras» del equipo... Pues ahora son menos fieras, más calvos y fuman tanto que ya no pueden ser titulares en ningún equipo de fútbol.

—Vaya, veo que tienes muy bien analizados a todos tus ex compañeros. Y tú, ¿a qué grupo pertenecías? ¿A las zorronas?

—Jajaja. Tal vez, hubo una época... —divagué sarcástico. Marta sonrió. Y lanzó su primera mirada insinuante. Aquel comentario distendido y perspicaz le dio lugar a pensar que yo no iba en plan chulesco ni sobrado. Y al parecer eso era lo que le gustaba a Marta de un hombre—. No, ya en serio, yo era más bien de los solitarios. Ni rarito, ni fiero, ni empollón, ni revoltoso. Simplemente iba a mi bola. Siempre he sido muy independiente. Tal vez demasiado. Puede que el hecho de haber sobrevivido casi desde que recuerdo sin ninguna madre y con un padre que apenas se acercaba de tal, sea una de las razones para haber sido siempre tan independiente.

En aquel momento, además logré sacarle una mirada de sensibilidad. Había entrado con sutileza en su alma a la vez que en su escote. Me había ganado su corazoncito con ese trágico y emotivo pasaje de mi vida. ¡Ojo, que era cierto! Pero si tengo que ser sincero, lo utilicé tan pronto aposté. Porque lo cierto es que hacía tiempo que había asumido esa parte de mi vida y tampoco es que me hubiese afectado mucho nunca. Y bueno, cada uno tiene sus recursos para ligar, ¡qué coño!

—¡Vaya! Lo siento —exclamó tímida, en una de esas frases que se dicen cuando no sabes realmente qué decir para acertar. Lo cierto es que había un sentimiento sincero en su gesto. La chica había empatizado de verdad con aquella situación de mi vida.

—No te preocupes, llevo muchos años cocinando para mi mismo como para no haber superado ya ese trance.

—¡Ahm! Y cocina y todo el chico —dijo alzando las cejas con sugerente interés—. ¡Qué completito!

—Nada, no soy ningún héroe. El siglo XXI es para los hombres que saben cocinar —respondí con firmeza, a la vez que pedí otra cerveza al camarero con un movimiento de brazo.

—Totalmente de acuerdo. No me gustan los hombres dependientes.

—Ni a mí me gustan las mujeres que le gustan los hombres dependientes.

¡Y aquí surgió la chispa! En todo proceso de ligoteo, hay un momento crucial. Un detonante en el cual el tonto pasa a un nivel más consolidado y directo. Algo que se palpa en el ambiente y que va alimentando las feromonas. En ese instante pueden darse dos cosas bien claras: Uno, un cruce inevitable de miradas libidinosas y tentadoras acompañado de un sorbo de la bebida que estás tomando en ese instante aunque no tengas sed o hayas acabado de hacerlo un segundo antes; y dos, un silencio palpitante en el que uno de los dos debe tomar las riendas para el siguiente paso. ¿Qué quién fue? Pues no tuve más remedio que ser yo. Sí, el que tenía algo parecido a una novia. Que sí, no penséis mal. Era soltero, pero solo a medias. Para ser sincero, había empezado a salir con una compañera del trabajo hacía unas semanas. Nada excesivamente serio, unas cuantas de noches calenturientas y una especie de promesa o acuerdo no firmado en el que si no encontrábamos a alguien en los próximos tres años, pues tendríamos que aceptar que éramos novios y probablemente casarnos. Pero la realidad era bien distinta. Resultaba ser una excusa para poder seguir «jincando» sin presión ni ataduras. El

problema es que cada vez era menos el espacio de tiempo entre calentón y calentón. Entre «jínque» y «jínque».

—Y... ¿Hay algún hombre independiente en casa esperándote para hacerte la cena?

—No. No tengo novio, ni nada que se le parezca. Acabé hace unos meses con mi última pareja. Me puso los cuernos —lo soltó tal cual. Sin censura, ni pena, ni nostalgia. Es más, si alguna emoción podía advertirse en el comentario, sería descanso en todo caso.

—Pues no lo entiendo —espeté con desconcierto. Mi ceño fruncido y el morro arrugado parecieron convincentes.

—¿El qué? —preguntó ella con aún más desconcierto.

—No entiendo cómo alguien podría llegar a ponerte los cuernos. ¿Era Brad Pitt o alguien por el estilo? Y aún así, no lo entendería.

—¡Aaah, jajaja! Nada, prefiero no nombrar a ese imbécil. Es agua pasada. Además, tampoco fo... Bueno, da igual —se auto interrumpió con media sonrisa pícaro y tímida dibujada en los labios. Mis ojos se dilataron y me quedé con la palabra en la boca.

En ese preciso instante, uno de mis ex compañeros, cuyo nombre sigo sin recordar, se acercó a nosotros de golpe y a traición. Me dio una fuerte palmada en la espalda, provocando que mi mano empujase la cerveza y ésta cayese encima de la barra. Por suerte no lo hizo encima de Marta. Conseguí que rulase al otro lado de la barra dándole un golpe rápido y brusco. El obeso e impertinente caballero se dirigió a mí emanando un tufo a sudor y a ginebra insoportable, sin ni tan siquiera pedir disculpas por lo ocurrido. Es más, creo que ni se dio cuenta.

—¡Lazarín! ¿Qué te cuentas, tío? —O eso creo que dijo. Gangoseaba y escupía a la vez que hablaba. Llevaba a cuestas una pava de tamaño olímpico. Sostenía un cubata en la mano izquierda, que se vaciaba un poco más con cada movimiento de brazos que hacía—. ¿Me vas a presentar a tu amiga? Chicas tan guapas no había en clase en nuestro año. Pero no lo digas muy alto que por aquí se pueden ofender.

Acercó su cabeza un poco más a mí, susurrando, como si me interesase lo que decía. Varias gotas de saliva salieron dirección a Marta y a mí. Ella me miró, yo la miré. Me reí, le guiñé un ojo y le hice un gesto rápido con la cabeza, sugiriéndole que nos fuésemos a un lugar más tranquilo. Por ejemplo, la calle. Ella debió ver el cielo abrirse. Pero realmente hubo un deseo por parte de ambos de estar a solas y en otro lugar.

Y así fue. El lugar resultó ser mi casa. Bien entrada la madrugada, después de un corto, pero intenso paseo por la ciudad sumado a un chocolate con churros, acabamos la noche en mi piso. A nuestros treinta años de entonces, una churrería, una servilleta y un desliz de chocolate en la comisura de los labios, era más excitante y seductor que una copa tras o otra y un baile latino tras otro en la discoteca de moda. Y lo constataron las cuatro veces que dio tiempo a hacer el amor antes de que amaneciese. Era como si ninguno de los dos lo hubiésemos hecho antes.

Tras el cuarto polvo, se levantó de la cama, con la sábana arrullada en su cuerpo y fue hasta el pequeño balconcito de mi habitación. Las dos nalgas de su trasero se marcaban y transparentaban a través de la tela, dejando un surco en el centro que hizo que me viniese arriba una quinta vez. Se aireó el pelo varias veces sin soltarse los brazos recibiendo la brisa matinal de un sábado glorioso. Respiró un sorbo de amanecer, se abrazó a sí misma y giró su rostro hacia mí. Al volver a la cama y percibir mi reciente prominencia masculina, se volvió a sentar sobre mí. Retiró la sábana, dejando ver por completo sus pechos y arrastró sus partes íntimas hacia las mías. Estas encajaron a la primera, como un engranaje bien lubricado. ¡Uff, pero bien lubricado! Aún estaba húmeda. Jamás había estado con una chica tan húmeda "continuamente"... Y depilada.

Una vez que mi pene volvió a estar dentro de ella, recogió la sábana sobre su cuerpo, tapándonos casi por completo. Empezó a moverse lenta y sensualmente, aumentando la velocidad de forma progresiva mientras me mordía el labio inferior. Sus ojos se cerraban y abrían con sensualidad, sus dedos se apretaban a impulsos sobre mis hombros y pecho, y su trasero se deslizaba sobre mis piernas con cada empujón. El quinto, sin duda, fue el mejor polvo de todos. No me dejó moverme y yo aguanté como buen caballero a que ella eyaculase. Fui un mero sumiso, tumbado en la cama, a expensas de lo que ella quisiese hacer. Vi su cara torcer en placer y sus músculos contraerse. Se había corrido en silencio, esgrimiendo sutiles jadeos y alzando la cabeza al cielo con los ojos cerrados y disfrutando a continuación de mi eyaculación. Fue memorable. Sencillo a la vez que extremadamente satisfactorio y erótico.

A la semana siguiente, tuve que hablar con mi compañera de trabajo. No podíamos seguir viéndonos más. Algo que rara vez decía un tío a una tía que solo quiere follarse desinteresadamente. Por supuesto, mi mujer jamás supo que mi compañera de trabajo, a la que conocía y con la que tenía agradables charlas cuando se cruzaban, había estado en la misma cama que estuvo ella unos días antes. Y con ello, me gustaría recomendaros algo. Jamás habléis de vuestros ex con vuestras parejas. Es algo que aprendí en mi última relación seria. Puede ser incluso excitante o varonil al principio, pero los resultados a medio plazo no suelen ser buenos y los efectos secundarios duran mientras continúe la relación.

Pero me planté frente a ella con un par. Con un par de cafés en la mano. Un manchado para ella y un solo con azúcar para mí. Nos quedamos un tiempo, nada tres cuartos de hora, apoyados en la terracita del bar de la oficina, hablando sobre casi todo menos de lo que realmente iba a tratar la conversación. Digamos que fue la coletilla: «Ah, por cierto, no podemos seguir viéndonos. Tengo novia». A lo que siguió un: «Ah, vale, perfecto, no te preocupes. Que tengas suerte».

Aquella frase de ánimo me retumbó en los oídos. Vino acompañada de una amortiguada sonrisa en su rostro con indicios de burla. Pues bien, no tardé en darme cuenta del porqué de las intenciones de esa sonrisa. Además, creo que hasta le vino bien. Porque al parecer le había echado el ojo a uno de los cámaras habituales de la empresa. Y no le gustaba mezclar más de dos romances sexuales en el mismo lugar y al mismo tiempo. Además, el chico era algo más joven que yo, el pelo más largo y sedoso y una barba desairada que le quedaba mejor que a mí la perilla. Aunque lo cierto es que en aquella época yo estaba bastante más ejercitado, por decirlo de algún modo. No se me transparentaban los abdominales, pero físicamente no estaba nada mal, para mis treinta y un años. La cosa empezó a flojear bastante cuando crucé la frontera del noviazgo y los treinta y dos se colocaron sobre mis espaldas y piernas.

Y aquello coincidió, concretamente al año siguiente, en 2006. Viendo el estreno de Misión Imposible III. Resulta que Tom Cruise es el amor platónico de Marta, y gracias a eso me he tragado las grandes películas de acción del cine americano en los últimos diez años. Espero hayáis percibido la ironía en lo de grandes. Y si no es así, os lo digo más claro. ¡Menuda mierda de fantasmada americana y cutre que nos están enviando a montones desde el otro lado del charco! ¡Me cago en Hollywood, las BSO que acaban en «Chan, Chan» y los cuarentones con cara de gilipollas y mete-barrigas! Por dios santo. Una cosa es hacer una película con orcos, elfos y enanos que dan hostias como puños y ambientarla en una tierra media ficticia con un par de cojones de imaginación, y otra cosa es intentar que me trague y le dé credibilidad a un tío que saca armas y vehículos de cualquier tienda del planeta en menos de una hora estando en la otra punta del mapa, que salta de edificio en edificio sin despeinarse, que pasa con una moto por debajo de un camión a doscientos por hora o que se inventa máscaras y modificadores de voz en la habitación de un hotel para entrar en la fiesta privada del malo, disfrazado del malo. ¡Venga hombre! Y lo peor de todo eso, es sentir la mano de tu mujer apretándote el brazo cada

vez que el pavo se quita la camiseta sin necesidad alguna. Solo por exigencias del absurdo guión. Mientras que tú (yo en este caso), sentado en la butaca con un bote de palomitas a la derecha y el de refresco a la izquierda, te empiezas a replantear la vida a la par que pasas la mano por el inevitable michelín que va asomando entre el cinturón y el pecho. Y eso que crees estar llevando una vida sana y equilibrada siguiendo los consejos alimentarios y deportivos de tus colegas del gimnasio al que solo vas una vez cada trimestre.

Es entonces cuando decides mandar a la mierda tanto recorte y contención para comer lo que te salga del huevo, hacer ejercicio casero con alguna tabla de ejercicios barata del Decathlon y dejarte llevar por el tiempo. Porque además, acabas de prometerte con tu novia y quedan apenas meses para que tu vida se convierta en: Aburrimiento, discusiones y poco sexo.

## Viernes de 2015. 12:20 pm.

**M**i mujer seguía sin aparecer. Por el ruido de los tacones de mi cuñada, diría que la muy arpía ya estaba desesperada. No tardaría en entrar en modo desquicie con todo lo que se cruzara a su alrededor. Cosa que se constató poco después.

—¡Mira, te digo una cosa, nosotros nos vamos a ir! No tengo porque estar esperando aquí. Total no se va a mover de donde está —comentó con desdén hacia mi persona.

—Ni aunque se despertara podría ir a ningún lado. Ya has oído al médico —una pernicioso y burda carcajada salió de la boca de mi cuñado. Cómo odiaba esa asquerosa risa de fanfarrón. Y el muy desgraciado encima se estaba cachondeando de que fuese a perder las piernas.

—¡Muchacho, guárdate esos comentarios, que te puede oír alguien! Vale que lo pensemos, pero que no lo parezca.

—¡Que me oigan! Ya ves tú. Un gastazo le ahorráramos a sanidad. —¡JA! Ya quería verle yo la cara si le pillaran de verdad diciendo algo así. Este tonto era el típico gallito bocazas que cuando se ve el toro enfrente, se caga como un bebé. Y alguna que otra vez he visto sus orejas ponerse como un horno de pan después de poner su cara de «tolay» cuando se veía en alguna situación comprometida. ¡Uff, lo que hubiese pagado por levantarme en ese momento y darle una hostia con la mano abierta! Pero mira, me estaba controlando. Otra cosa no, pero no poder moverte provoca que tu ira se ponga a prueba con los gilipollas.

Mira que yo nunca fui un tipo fácil de cabrear. Es más, solía mantenerme estoico y alejado de cualquier conflicto. Algunos dirían pasota y otros opinarían que era un hombre diplomático. Incluso alguien pensaría que era un cobarde, pero lo cierto era que no solía entrar en conflictos que no merecían más interés que una final de Gran Hermano. Mi mujer opinaba lo primero. En cuanto a lo de Gran Hermano... Bueno, mejor paso palabra.

—Es hora de comer. Voy a llamar a mi madre para ver si le ha dado ya de comer a los niños. Y ~~ya~~ de paso veo qué le queda a mi hermana para llegar. Como se me antoje, le digo la noticia de la invalidez por teléfono. Así abreviamos. Estoy ya harta de sensiblería y de perder tiempo. Cuanto antes se resuelva esto, mejor.

Siempre tan amable y detallista mi cuñada. Un primor. En fin, a partir de aquí, lo que restó de conversación entre mi ella (¿?????) y su marido, posiblemente será una de esas cosas que jamás olvidaré en vida ni en muerte.

—Por cierto, ¿has ido preparando los papeles del testamento que te pidió Marta?

—Estoy en ello. Faltan unos documentos de la gestoría. Luego asignarán procurador y llamarán al med...

—¡Que no se te olvide lo que hablamos! —dijo con retranca. Juraría que la mirada inquisitoria y el dedo índice de la sargento de mi cuñada estaban apuntando directamente al calzonazos de mi cuñado. ¿Pero a qué cojones se refería? Me cago en su pu... Estaban hablando de mi testamento. ¡Joder! ¿No había nadie más en el puto universo para pedirle que se ocupara de esto, que a este imbécil? El desgraciado era y es director de una compañía aseguradora. Vamos, un caradura estafador y «chupasangre». Y además, presuntuoso. Un tipo que jugaba con el dinero de otros, con la buena fe de otros y que encima dormía a pata ancha pensando que era el jodido amo del planeta. Podía rascarse la barriga, porque tenía suficiente dinero para hacerlo, pero que encima usase su palabrería o su jerga de economista y empresario para creerse estar por encima del resto de los mortales, me sacaba de quicio. ¡Hijo de...! El día que algún cliente te parta la cara en la calle se te van a quitar las ganas de vacilar. ¡Idiota!

—No. No lo he olvidado. No te preocupes. Tenía nivel cero de seguridad en sus cuentas —sus malditos tecnicismos. Para decir cualquier tontería tenía que adornarla con su manida y repelente jerga técnica—. He hablado con el director del banco...

—¿Tu amigo ese?

—Sí. Me debe unos cuantos favores. Los seguros de las hipotecas se los gestionamos nosotros y bueno, ya sabes, esto para mí y esto para ti en algunas operaciones. No te preocupes. En cuanto la palme, asunto solucionado. Tan solo quedan unos flecos con el tema sanitario, pero tu madre se supone que iba a arreglar eso.

—Pero se necesitará su firma para las pólizas ¿no?

—Cosas peores se han hecho. No te preocupes. Es una operación sin riesgo desde nuestra posición.

—Vale, pero mi hermana que reciba su parte. Y... sobre todo que no se entere de nada de todo este tema —remarcó con un tono más sombrío y estricto.

—Claro —respondió ahogado. Juraría que había tragado saliva antes de hablar.

No sé cómo explicaros lo que sentí en aquel momento. Estaba flipando en colores fosforescentes. La información estaba llegando montada en el filo de un hacha a mi cabeza. No sé expresar lo que me estaba pasando en aquel instante. Mi mente parecía Valencia en plenas fallas. La «mascletá» se quedaba pequeña a mi lado. ¡Por Dios! Deseé un millón de veces que siguiesen hablando y que soltaran todos los detalles de lo que estaban haciendo con mi dinero, con mi testamento, con mi mujer... Pero la puta enfermera argentina y otra más, llegaron al Box. ¡Joder, tenían que asearme! Les dijeron si podían salir un instante para que me hiciesen el lavado de mis partes, supongo. Y se fueron. Los ladrones corruptos y malnacidos de mis cuñados se fueron del Box. Y yo, me quedé allí, escuchando como estas dos tipas me tocaban los cojones y la minga, porque lo que es notarlos, no lo notaba, que por otra parte hubiese estado bien para salir del trance mental en el que estaba entrando después de haber oído lo que oí salir de la boca de mis parientes políticos, que tenían más de políticos que de parientes. Nada concreto ni con detalle, pero se mascaba la tragedia. ¡Hostia si se mascaba!

—Levántale de ahí, cielo.

—Voy. Espera que le sujete las gomas, no vaya a ser que se suelte alguna —no por favor, que no se suelte nada, no vaya a ser que pierda la tercera pierna también—. Vale, ya está. Le subo y pasas la esponja.



—Vale, cuando me digas. Recién tumbalo lentito hacia mi lado y recoloco las piernas, mina. Así harás menos esfuerzo, ¿viste? —no podía con esa voz. No soporto el forzado y amanerado acento argentino. Esos seseos vomitivos y el palabrerío y que hagan llanas la mayoría de las palabras. ¿Es que no hay esdrújulas en Argentina? No, que se gastan. No los soporto a los latinos, y sobre todo a los argentinos. Son unos engatusadores que solo usan su verborrea y buenas maneras para suplir su falta de profesionalidad y preparación. No deberían dejar a médicos sudamericanos ejercer en España. Y no es racismo eh, es simplemente algo empírico. Vale, es algo racista, pero nadie es perfecto. Y ellos son una muestra viviente de ello.

—Ok. Ya está.

—Lindo. Dame acá las gasas. Hay que ver, pues sí que sudan los enfermos en coma. Para estar en estado vegetativo...

—Sí. La verdad que sí. Oye, ¿qué tal te va el embarazo? No se te nota casi nada. Estabas de cinco ya, ¿no?

—Obvio. De cinco para seis. Pues mira. No te lo recomiendo para nada. Una huevada.

—No me digas. Pues todas las chicas que conozco que han tenido hijos, dicen que es lo más maravilloso del mundo y que debería ser obligado pasar por esa experiencia —dijo la joven enfermera auxiliar, con una melosa e inocente vocecilla juvenil.

—¡Mirá una cosa mi niña, sos un dulce demasiado joven! Todo lo bueno que la gente pueda contar sobre estar preñada, tan solo son burdas leyendas urbanas, viste. Demagogia barata femenina y ganas de aparentar algo que ni siquiera sabés ser. Mentira todo, relinda. Una boluda forma de demostrarles a las demás que nuestro embarazo, nuestro hijo y nuestra vida, es mejor que la de la vecina, la prima o la amiga de la amiga, ¿entendiste? Y si tienes Facebook a mano, ni te cuento a dónde puede llegar esa pantomima. Atiende mina, las mujeres somos competitivamente envidiosas por naturaleza, de eso no cabe duda. Y lo somos acá en España, en Argentina y en la Conchinchina.

—¡Vaya! Me has dejado de piedra.

—Y para colmo, después de tanto escucharlo decir a mis amigas, mis familiares e incluso a los médicos, puedo asegurar que los tres primeros meses de embarazo no son los peores. Los peores son los nueve primeros. Vamos, todo el endemoniado embarazo. Los vómitos son ya una rutina a la que me he acostumbrado; una anécdota pasajera entre medias de los pies y piernas hinchadas, de los insoportables dolores de espalda, de la infernal acidez de estómago, de los insultantes cambios de ánimo, del impedimento para levantarme, acostarme y asearme... ¡La concha de mi madre, si llevo meses sin poder verme los pies y el conejo en la ducha! ¡Joder, si es que tengo que usar dos espejos en la bañera para depilarme la raja cada vez que voy al ginecólogo! Digan lo que digan, estar embarazada es la mayor aberración que puede sufrir una mujer. Y lo peor está por venir. El parto —el monólogo de la argentina era digno de enmarcar. Su tono desquiciado y enojado iba en aumento a medida que hablaba. La otra chica no decía ni «mu». Y a mí me quedó claro que ser mujer era algo que se te quitaban las ganas de ser escuchando a esta señora, por llamarla de alguna forma—. Me he vuelto loca viendo videos en Internet de partos. Todavía no entiendo cómo es posible sobrevivir a eso. No lo entiendo, de verdad. ¡Es algo pelotudo! Pero mirá mi niña, por suerte, el abombado de mi marido sé que no se desmayará en el quirófano, porque no estará. Bueno, no estará ni acá, ni en ningún sitio, excepto la cárcel o el infierno. Y es que si hay algo peor que el embarazo, es criar a tu hijo sin un padre decente. Eso sí, espero, por Dios, que el muy desgraciado nunca tenga la desfachatez de presentarse en la puerta de casa para pedirme nada.

Pues como tengas un cuñado como el mío, preparate, pensé para mí.

—Me acabas de quitar las ganas de ser madre durante un par de siglos ¿sabes? —la joven enfermera sentenció categórica con una decepcionante afirmación.

—No. Che, no te tomés enserio todo lo que te digo mina —repicó irónica la argentina—. Si lo mejor de todo es el previo ¿Me entendés?

—¿El previo?

—Coger a tu pibe. ¡La chingada! Echar un polvo, que decís acá, mi niña.

—Ah, jajaja. Sí, bueno. Por cierto. Hablando de todo un poco. ¿Es normal que un paciente en coma tenga el...? Bueno. ¡Fíjate!

*What?* Tomaos este anglicismo como la mayor de las exclamaciones posibles. ¿Estaban hablando de lo que creo que estaban hablando? Pues sí. Os juro que no podía dar crédito a lo que acababa de oír. Es más, no podía dar crédito a que fuese verdad. ¡Mira por donde, si estaba hecho un toro! O esa impresión me dio al escuchar a la joven enfermera, la cual resultó ser menos inocente de lo que hasta ahora había pensado.

—¡Pero qué decís, boluda! —un pequeño chiste cómplice salió de su boca después— ¡Shhhh! Tú calla, que mientras seamos nosotras quienes lo aseamos, nadie tiene porque enterarse que es un semental manso.

—¿Un semental manso? Jajaja. Entonces, no es normal que esté así ¿No?

—Para nada cielo. Es la primera vez que veo una verga de este tamaño en un paciente de la UCI, y menos aún estando en coma.

Podéis imaginar lo que estaba flipando yo en aquel momento. Y podéis imaginar también lo jodido que estaba por no tener sensación alguna física de todo aquello. Venga por favor, si malo es decirle que no quieres nada a una tía buena solo porque tu colega está enamorado de ella, peor es no poder estar en plenas condiciones cuando a una enfermera se le ocurre jugar con tu paquete de puros.

—¡Pues no me lo quiero imaginar estando fuera del coma! El tío tiene una edad ya, pero con ese instrumento aún deberían quedarle varios años de buen sexo —la vocecilla juvenil de aquella muchacha se estaba calentando por momentos. Casi parecía más una voz sacada de una línea erótica. Pero a ver, hubo algo que dijo que me dejó nocaute. ¿Ya debe tener una edad? ¿qué clase de memez era esa? En pleno siglo veintiuno, treinta y nueve años era la flor de la vida. Solo que una flor ya corrida, pero una flor. Aunque viniendo de una jovencuela con seguramente entre veintidós y veinticinco años, pues casi podría entenderse. Ahora bien, ahí queda el dato de que una chica en edad tierna aún, se hubiese fijado en este madurito con buen agarre.

La conversación prosiguió con varios grados de lascivia en aumento.

—Si quieres hacer tú los honores... —la argentina embarazada debió de insinuarle a la otra enfermera cachonda que fuese ella quien me aseara mis partes. A lo que ésta respondió con el siguiente desvergonzado comentario.

—¡No lo dudes! Espera que coloque mejor el biombo y me ocupo yo de esto. Mira que entre mis cientos de fantasías sexuales no imaginaba nada así, pero hay ocasiones que no se pueden desaprovechar.

—Acá en España, cada vez me quedo más perpleja muchacha —respondió con relajada estupefacción en su tono la argentina—. Si querés os dejo a solas. Pero óyeme una cosa mi niña, no te pases con los tocamientos, no lo vayas a reanimar y nos aparezca el pibe con la tienda de campaña montada. Y a ver cómo lo explicamos entonces.

—¿Eso es imposible, verdad?

—¡Pues claro pendeja, está vegetativo! La única que notará algo serás tú. Anda, coge la esponja y el sobre de desinfectante y ponte manos a la obra. Aunque con el *propofol* algunos pacientes pueden llegar a... Pero no, en este caso, el tío es así de chulo sin medicamentos revitalizantes ni nada.

Los segundos o minutos posteriores, no sabría bien concretar cuánto tiempo debió pasar, fueron los mejores y los peores de mi paso por el box 5 de la UCI. Y es que si algo había peor que perder las piernas, era no sentir nada de nada en el miembro reproductor mientras aquella joven debía estar masajeando con interés mi po... Pene. Pues eso. Ahora, mentalmente me di un paseo por el barrio de las fantasías sexuales más increíbles que jamás he tenido. Aquella señorita de dudosa moralidad, debía de estar masajeando con alegría mis partes. Y yo sin final feliz. ¡Menuda putada!

Se hizo un pequeño silencio en el que solo se escuchaban dos respiraciones y alguna risilla pervertida. En mi agenda mental de quehaceres, si sobrevivía a esto, anoté: «Buscar a la enfermera guarrilla para agradecerle la atención prestada durante mi paso por el hospital». Y es que durante aquellos laxos momentos carnales y lujuriosos, se me olvidó hasta la terrible conversación que mis cuñados habían tenido hacía un rato respecto a mi dinero y mi testamento.

En fin, ambas acabaron sus tareas erótico-laborales y salieron del BOX hablando de cosas trascendentales como la nueva edición de Gran Hermano y el exitoso Magazine de mediodía, Mujeres, hombres y viceversa. Sin más, me dejaron tirado como una colilla morcillota en la cama del Box 5. Pero eso sí, con el sable láser limpito y aseado.

Y en cuanto se marcharon, de nuevo volvió aquel desgraciado incidente a mi cabeza. La cabeza da muchas vueltas, y cuando el cuerpo no te sigue para despistar, más vueltas da aún. Y en ese preciso instante me vino un pensamiento devastador a modo relámpago. ¿Querían matarme para cobrar algún tipo de seguro fraudulento? ¿Habría sido el accidente, no tan accidente?

*Ira:* Dícese de un enfado muy violento, con deseo de venganza y acompañado de una furia inusitada y de difícil control; o más o menos. Pues eso exactamente es lo que estaba empezando a brotar dentro de mí. Juraría que hasta me estaban dando pinchazos en el corazón. Cosa que el sonido del monitor de constantes vitales ya se encargaba de contradecir.

—*Hola.*

Un tímido saludo interrumpió la desenfrenada ira que empezaba a apoderarse de todo lo que me quedaba de mí mismo. Me quedé mudo. En sentido figurado, claro. Y literal también, obviamente. La voz vino de abajo. De tan abajo que juraría que era un niño el que emitió ese inesperado saludo. Y juraría que iba dirigido a mí.

—Mi papá está como tú. No puede hablar. Ha tenido un accidente. Mi mamá dice que le gustaban demasiado las motos. Tiene una muy grande y hace mucho ruido. Pero ahora está rota.

¡Joder!, debía de tener cuatro años como mucho. Incluso me resultó difícil deducir si era niño o niña. Esa cándida y pequeña voz podía provenir de cualquiera de ambos sexos. La voz cada vez se acercaba más a mí, con lo que el niño o niña debía de estar haciendo lo propio.

—¿Tú también tienes moto? Yo creo que sí. Tienes cara de gustarte las motos. Yo tengo un barco ¿sabes? Me gustan los barcos más que las motos. Tengo uno rojo y blanco ¡suuuuper grande! Y mi mamá me deja meterlo en la bañera cuando me baño. Tiene un botón por donde dispara agua ¿sabes? —empecé a deducir que era un niño—.Mañana lo traigo y te lo enseño si te despiertas. Mi papá creo que no va a despertar. ¿Sabes?

Esa coletilla final suya era tan tierna como exasperante, pero a mí me había ganado. Me derrumbé por completo. Me volvió a dar otra de esas sacudidas cerebrales. Era como si se me pinzara un nervio o algo parecido. Aquel niño me estaba rompiendo todos los esquemas. ¿Por qué me estaba hablando como si supiese que podía escucharle? Fue, quizás, la primera vez que creí estar vivo. Que creí mantener una conversación con alguien. Tenía que reconocer que los niños eran mi debilidad. Creo que es el único ser indestructible. Aunque por desgracia es

imperfecto y tiene instalado el error de hacerse mayor, de corromperse, de pudrirse y de viciarse. Los niños son el mejor ejemplo de lo capaz que es el ser humano de ser feliz. Son el paradigma de... Perdonen si me pongo un poco reflexivo, pero entendedme, estoy aquí postrado sin posibilidad de darle una colleja a nadie ni poner algún post moralizador en Facebook. Es una putada estar callado y no tener la capacidad para remediarlo. De alguna forma, es algo que nos pasa a diario. Continuamente debemos callar, transigir, ceder, mordernos la lengua, tragar saliva, comer mierda o cualquiera de los símiles que se os ocurran. Sencillamente porque la sociedad nos enclaustra detrás de una farsa y de una páfida sonrisa. Pero para eso están los niños... Y las redes sociales. En ellas parece que tenemos una especie de escudo protector que esconde nuestras carencias, miedos, frustraciones, complejos y traiciones. Pero es todo mentira. Todo un espejo negro.

Ni tan siquiera los borrachos son capaces de ser sinceros del todo; tan solo los niños son quienes dicen lo que piensan a cada momento, sin prejuicios ni rodeos. Y lo dicen porque no hay maldad posible en sus intenciones. Lo único que albergan es precisamente lo que perdemos al ir cambiando al estado adulto: La inocencia y la pureza de nuestros actos y palabras.

Mi hijo tiene ahora siete años, y creo que está empezando a cruzar la barrera de la niñez. A su edad, a mí aún me quedaba un lustro como mínimo de niñez. Pero aquel niño que había a mi lado, aún era niño. Y de alguna forma, durante unos minutos, mi niñez se colocó a su lado.

—Mira, tengo un libro de la patrulla canina que me ha regalado mi abuela. ¿Te gusta? — Creo que también se puede llorar incluso sin poder lagrimar. En ese momento estaba pasando. Estaba llorando. Era una mezcla de ternura, nostalgia, amor y pena lo que estaba sintiendo mi alma, que era quien estaba llorando a cada palabra que decía aquel niño—. Este es Marshall, es el bombero y a mí es el que más me gusta. Luego están Chase, Rubble, Zuma, Rocky y Sky. ¡Ah, y Ryder! que es el jefe, y no es un perro. Es una persona, como tú. Como yo. Yo me llamo Jesús, ¿y tú?

No pude responder. Y me dolió en el alma porque se llamaba como mi hijo. ¡Yo me llamo Lázaro! Ojalá hubiera podido decírselo. Pero no podía hablar ni levantarme para abrazarle.

Jesús siguió hablando de sus cosas como si fuese un adulto intentando entretenerme y hacerme compañía. Cosa que ni tan siquiera mi mujer había hecho hasta ahora. Estaba muy rara, demasiado rara. No sabría decir si era angustia, desidia, sentimiento de culpa o simplemente aceptación de la situación. Lo cierto es que apenas la escuchaba. En estos dos meses habían sido muy contadas las ocasiones en que me había hablado directamente o en que la escuchaba hablando con otros. Juraría que apenas si estaba por aquí, y puede que por eso me estuviese enviando a otra gente la cual ni siquiera quería estar aquí. Mi suegra, mi suegro, mis cuñados y cuñadas, mis amigos... Estoy convencido de que era ella quien les ordenaba venir a visitarme. Eso sí, eran los primeros dos meses en unos siete u ocho años que no discutíamos.

Cuando Jesús se fue de la habitación, alertado por una pequeña reprimenda de su madre, que llevaba un rato buscándolo, reparé en la primera discusión que recordaba haber tenido con Marta. Tal vez no fuese la primera, pero sí era la primera importante.

### *Siete años antes. 2008*

El pequeño ya había nacido. Es más, ya no se alimentaba de la teta de su madre. Yo tampoco. Una lástima, pero así era. Y lo que ocurrió fue que el bebé dejó de mamar a la tercera semana de vida, porque a Marta le era imposible fabricar la cantidad de leche necesaria para alimentarlo con normalidad. Además, parecía dolerle como si le estuviesen cortando los dedos con una sierra sin afilar. Jamás había visto en toda mi vida una cara de dolor tan impactante como la de mi mujer cuando el pequeño se le enganchaba con frenesí a su pezón. Aún no sé cómo no lanzó al niño por los aires en una de las tomas. En fin, que ese lazo de unión materno-filial se deshizo muy pronto. En este momento del que os hablo, mi hijo tenía cuatro meses y bebía leche en polvo en cantidades industriales. Un bote y medio de kilo cada semana. Y para colmo solo toleraba Blevit, que no era la más barata precisamente. Y fue a raíz de un lance lácteo por lo que surgió la primera gran pelea.

—Deberías ir pensando en encontrar trabajo. Con mi sueldo solo no vamos a poder llegar a fin de mes. Saca cuentas entre pañales, ropa y botes de leche —tenía el bote de Blevit en la mano, y apuntando con el dedo de la otra mano al precio de la estantería a modo inquisitivo.

—¿Trabajo? ¿Y quién se queda con el niño? Ya lo hemos hablado muchas veces esto. Mi madre no puede quedarse con él y las guarderías ya has visto lo que cobran. Tendremos que ajustarnos como podamos.

—¿Y eso lo dices tú? ¿Lo del pilates, los cafés diarios con las mamás del barrio, la suscripciones a las revista de ropa con las que estás obligada a comprar algo cada mes, y la asquerosa comida vegana esa que tomas, es lo que tú llamas ajustarnos? Y además, lo de que tu madre no puede quedarse con el niño... más bien no quiere.

—¿Me vas a echar en cara lo mismo siempre?

—¡Vamos a ver, Marta! ¿Me estás pidiendo que nos ajustemos para no tener que trabajar y me quieres hacer creer que esos caprichos son innegociables? ¿De qué vas?

—¿Cómo que de qué voy? Déjate tú la partidita de póquer mensual con los inútiles de tus colegas, o los dichosos aparatitos esos de radioaficionado. ¿Es que eso no cuesta dinero? —replicó con notoria saña en el rostro.

Os aviso, la conversación se estaba empezando a poner muy fea. Por alguna razón, en aquel pasillo del hipermercado, se destapó la caja de los trapos sucios. Comenzamos a echarnos en cara prácticamente todo lo que antes nos había hecho estar enamoradísimos. Está comprobado, hay un momento en la vida de pareja en el que por cansancio, rutina, acumulación de silencio, rencor, o simplemente porque ya no hay factor novedad ni carga suficiente de pasión; de repente todo lo que tenga que ver con tu pareja, te genera enfado o hastío. Ya no ves virtudes, todo es un defecto.

—No son caprichos, son inversiones. Y qué quieres que te diga, salen de mi sueldo. Si alguien tiene derecho a tener un capricho, ese soy yo.

—¿Qué, qué? —su vena de la frente se disparó. Acababa de iniciarse un proceso de histeria en ella—. Eres un desgraciado. Esto es un matrimonio ¿entiendes? Tú aceptaste que tu dinero fuese mío el día en que entraste por la iglesia y dijiste «sí quiero».

—¡Pues me tenía que haber quedado en la puerta! Así tus padres y tus hermanos me hubiesen odiado con razón. Total para darles el gusto al clan sectario de tu familia.

—¡Mira imbécil, no te voy a consentir que hables así de mi familia! Que tú no tengas una familia no quiere decir que nosotros tengamos que hacer como si no fuésemos una.

—¡Familia! Vaya, ahora se llama familia a esos que te ríen las gracias y luego te la meten por detrás.

—Eso es lo que tú piensas. Te crees que lo que tú piensas es lo único que vale.

—Yo me limito a observar. Que no sea tan bocas como vosotros, no quiere decir que no tenga razón en lo que veo. A veces es mejor no hablar tanto y hacer más.

—¡Mira, mira, déjate de palabrería! —exclamó con un ademán despectivo de manos.

—¿O me vas a decir que es normal también que vayáis a misa todos los domingos a dejar un pastón en la saca del cura y luego os paséis la vida criticando a los mendigos por ocupar las aceras de vuestros jodidos barrios burgueses? Pero vamos, es lo que pasa con los fanáticos religiosos. Veis lo que queréis ver y tenéis la fe donde os interesa. Son las «feminazis» de la religión machista.

—¿Qué mierda tiene que ver eso?

—Tiene que ver con todo. Sois unos hipócritas. Os pensáis la panacea de la familia perfecta. Y lo que realmente sois es unos *Snobs*, aunque algunos ni pasáis de *Yuppies*, con más complejos y perjuicios que cualquiera de los que caminan debajo de vuestro hombro.

—¿Crees que tenemos culpa de trabajar en la empresa de mi padre? Nadie elige donde nace. Si mi padre ha trabajado duro para mantener a su familia, no sé qué hay de malo que sigamos luchando por mantener su empresa en marcha.

—¿Trabajando? ¡Permíteme que me ría! —comenté con un sonoro sonsonete, a lo que siguió la correspondiente carcajada—. Lo que estáis haciendo es vivir de las rentas mientras unos explotados empleados se ocupan de sacar adelante el trabajo. Y además, creo que no os dais cuenta, pero los «yernísimos» son quienes se están llevando la mejor tajada.

—Mira Lázaro, ¡vete a tomar...! —se mordió la lengua, pero en sus ojos, el «porculo» venía dibujado muy clarito—. ¡Estoy cansada de tus insinuaciones, de tus juicios sobre mi familia y de que te creas más auténtico que ninguno de nosotros! ¡Si no te gusta, ya sabes dónde está la puerta!

—¡No te preocupes amiga, el día menos pensado desaparezco! Con tal de no vivir en una farsa...

—¡Farsa tu...! —tales fueron los gritos y los aspavientos que no solo tuvieron que llamarnos la atención el personal del hipermercado, sino que nos echaron del mismo, con el niño a cuestas, quien seguía durmiendo en su cesto del carrito, estoico ante aquel combate librado entre sus padres.

Os preguntaréis cómo es posible que después de esa acalorada, violenta y dañina discusión, pudiésemos seguir casados, o por lo menos viviendo en la misma casa. Muy sencillo. Y no, no era por el hijo en común que teníamos. Era más superficial aún. Dos meses después, me subieron el sueldo y me dieron un cargo más importante dentro de la empresa. La leche del bebé dejó de ser un problema. También dejó de serlo el Pilates y el póquer, pero la herida abierta tras todo lo que salió de nuestra boca, tras todo lo que nos dijimos pensándolo sin pensar, quedó sin cicatrizar en cada uno de nosotros. De modo que cualquier traspie diario o situación complicada dentro de la convivencia y los avatares propios de la vida, eran suficiente motivo para desangrarnos el uno al otro. Y aún así, nos aguantábamos. Aún no concibo a explicar porqué. Pero ahora sé que no somos totalmente dueños de nuestras decisiones y de nuestro devenir. Hay algo en el subconsciente o en la alienación de la convencionalidad, que hace que no seas capaz de pensar con perspectiva. Dicho de otro modo más sencillo: Que nos acomodamos incluso a lo malo. Y cambiar tu vida drásticamente por mucha pelea que venga, cuando ya tienes más panza que culo, un sofá donde ver las series americanas tranquilamente y un régimen de bienes gananciales, es algo para pensárselo dos o tres veces, como mínimo. Y para colmo, al cumplir los siete años el niño, de repente le entraron unas irrefrenables ganas de

trabajar fuera de la empresa familiar, la gestoría y correduría de seguros GESTMONTES (Herencia del Padre).

Y así fue, se puso a trabajar de comercial para una empresa que vendía... Bueno no sé exactamente qué vendía. Cada vez que me hablaba de ello, me parecía estar escuchando al chino del bazar del barrio. Vendió su parte de las acciones a sus hermanos y se marchó. Jamás supe a qué se había debido tal reacción o decisión. Pero lo cierto, es que de algún modo las cosas empezaron a ir medianamente mejor. Por lo menos, discutíamos con más diplomacia, veía menos a mis cuñados y cuñadas y no tenía que preocuparme que mi mujer perteneciese a un grupo de «chupasangres» sin escrúpulos. Una panda de indecentes sectarios a los que no les debía ni quería deberles nada.

Y es que con el tiempo, para algunos más que para otros, te das cuenta de que la familia es eso que te imponen al nacer. Tú y al nacer la persona con la que te casarás. No puedes negarla. Es la que es por hecho y derecho. Pero a mí, hace tiempo que la familia dejó de ser un mero concepto sanguíneo. Esa palabra tan obvia y rimbombante se convirtió allá por inicios de milenio en el apelativo que reciben aquellos con los que compartes valores, confianza y estabilidad. Y todo ello más allá de la rutina diaria, si no como relación honesta y sincera. Y es que la sangre no lo justifica todo. Más bien lo mancha todo. Y las manchas de sangre son difícil de quitar, y más en la ropa blanca.

Pues bien, yo no le debía nada a nadie. Si algo odio en esta vida, es deberle algo a alguien que jamás da nada de forma desinteresada. Tampoco tengo apenas familia sanguínea conocida. Ni abuelos, ni madre, ni hermanos, ni un padre que se pueda denominar como tal. Mi madre murió al nacer yo, y mi padre casi lo mismo a efectos de trato. En cuanto al resto, tíos, primos y demás parientes, por lo que a mí respecta, jamás me habían presentado a nadie. La persona más aproximada a un familiar con la que tuve relación durante mis primeros 14 años, fue Magdalena. La cuidadora que mi padre contrataba para cuidarme. A mí y a la casa.

Aquella mujer era atterradoramente disciplinada. Una mezcla entre Mary Poppins y la bruja de Hansel y Gretel. Era una mujer de mirada lúgubre, de semblante sombrío, pero a la vez tenía un morbo muy atractivo (a lo mejor era una fantasía infantil mía. Todos tenemos una ¿no?). Magdalena vestía siempre de negro, como si llevase un luto permanente, aunque jamás le pregunté la razón de tal estética fúnebre. En todos los años que la conocí, creo que la vi sonreír una o ninguna vez. El único momento en el que cambiaba unas décimas su autoritario y espeluznante rictus era a la hora en que empezaba el absurdo programa concurso de La dos TV, «Saber y Ganar». ¿Quién coño se puede tragar semejante tostón infumable desde hace casi veinte años? A ver, que no estoy en contra de los programas concurso en el que la capacidad mental del concursante prime más que la casualidad o la gilipollez. Pero, cojones, es que el formato que usan aburre a las cabras. Y si tenemos en cuenta que los que van allí son seguramente los mejores estudiantes de cada uno de sus institutos y universidades, pues me resulta difícil comprender cómo es posible que unos tipos tan cultos necesiten cien programas para hacerse magníficos y llevarse la mísera cantidad de ¿cinco mil euros? Cuando en otros programas en los que la tontería abunda, por poco que te esfuerces, te llevas cien mil euros.

Pero a ella le encantaba. No movía un dedo mientras el inmortal Jordi Hurtado estuviese en pantalla con su dentada sonrisa y su inquietante mirada de profesor de matemáticas a punto de hacerte una pregunta que seguro no sabrás responder. Yo creo que hasta le ponía cachonda aquel tipo. Y es que Magdalena debía ser de esas mujeres que buscan una mente prodigiosa y un carisma marcado antes que un buen cuerpo y una buena... Y tengo decir que a esa tétrica y meticulosa mujer le debo ciertos matices de mi personalidad y de mi forma de ser. No en vano, buena parte de mi educación la forjó ella. Cosa de la que solo te das cuenta cuando tienes

aproximadamente un tercio de tu vida gastada. Y que coincide justo cuando tienes que decidir quién quieres ser para el resto de lo que te queda de ella. Entonces, te ves reflejado en esas personas mayores en las que una vez deseaste no convertirte. En fin, tampoco la conocí demasiado en profundidad, pero gracias a ella, Telecinco fue una cultura que no se prodigó en mi casa. Creo que hasta lo había resintonizado de la parrilla de canales.

Para eso, ya estaba la casa de mi suegra. «Telejinco» era sagrado en casa de la madre de mi mujer. Esa estirada mujer despiadada era capaz de criticar a su mano derecha con la mano izquierda. Una horrenda anciana sin ética, ni moral; que tenía la casa plagada de crucifijos, escapularios, figuritas e imágenes de santos con cara de no estar convencidos de su sexo. ¡Una arpía que te maldecía nada más entrar por la puerta, vamos! Pero que, sin embargo, utilizaba como sparring y diana para sus dardos las diferentes ediciones de Gran hermano, así como el magacín diario de Sálvame y las agradables mañanas con Emma García y su elenco de jóvenes productivos y con gran futuro por delante como son los chicos y chicas de Mujeres, hombres y viceversa. Mira, sería una buena tertuliana entre las enfermeras de este hospital.

Si en algún momento no pilláis la irónica indirecta, me haré el loco. Pero así es, mi suegra era una fanática religiosa y adinerada viuda que no ha pegado un palo en su vida y que cada día se suma a esos cientos de miles de espectadores que hacen de Belén Esteban la princesa del pueblo y de Kiko Rivera el hombre más deseado y más horripilante a la vez.

Por suerte para ella, en las comidas familiares sus hijas e incluso yernos se unían en torno al candor de la mesa para compartir sus conocimientos sobre la actualidad más imperante del mundo. Era un absoluto placer esos momentos junto a todos esos individuos de un nivel intelectual superior al mío, en donde las tertulias sobre los «reality show» de moda y las nuevas exclusivas sobre el TOP TEN de la farándula española, eran el foco fuerte de la conversación. Algo de lo más enriquecedor y satisfactorio.

Pero, sin duda, el mejor momento familiar que recuerdo en casa de los Montes era cuando tenía lugar la ineludible cita futbolística para todos aquellos que pasados los treinta y cinco aún seguimos siendo forofos, que no fanáticos. Si hay algo peor para un seguidor del Real Madrid que ver palmar a tu equipo seis a cero contra el «Barsa», es sin duda verlo en la misma televisión que lo están viendo tus cuñados. Por cierto, mis cuñados son del Barcelona. Son muy del Barcelona. Pero mucho, mucho, mucho. Eran forofos hasta el punto de cambiar la fecha de las comuniones o bautizos si coincidían con la tan señalada fecha futbolística: El clásico. Ahora bien, no sé cómo se las apañaban, porque cada año, cada temporada, cada clásico lograban hacerme quedar a mí como un desequilibrado, alelado y poco objetivo crítico futbolístico ante todos y cada uno de los integrantes de la familia Montes y los ocasionales invitados que se reunían para ver el partido. Incluida mi esposa, la cual no entendía nada en absoluto de fútbol, pero sí de cómo dejarme vendido ante el ataque de mis cuñados.

—¿Siempre tienes que liarla? ¡Eres el único que consigue hacer de las bromas una disputa!

Con aquella agradable frase alentadora que mi mujer me soltaba en el coche de camino a casa hubiese ganado quien hubiese ganado, solían acabar los clásicos. Y lo más jodido de todo es que en el fondo me hubiese gustado liarla un poco más. Nada, partirle la cara a uno de esos manipuladores, falsos, envidiosos y oportunistas desgraciados que utilizan tus palabras para atacarte. Me refiero a mis cuñados. A los políticos. Al otro, al hermano de mi mujer, le importaba una mierda el fútbol. Lo cual hacía de él un hombre más feliz en esos momentos, viendo como los otros tres imbéciles nos lanzábamos continuas pullas y comentarios ofensivos. Por supuesto, ni que decir tiene, que esa noche en casa lo único que había era: Aburrimiento, discusiones y poco sexo.



**Viernes de 2015. 13:20 pm.**

El carrito de la comida acababa de hacer parada en la planta. Las ruedas chirriaban desde la otra punta del pasillo. Casi parecía el carrito de comida de la casa Monster... Y puede que fuese provocado y que sirviese para levantar un poco el ánimo de los que allí estaban alojados, avisándoles de que el condominio se aproximaba. Aunque a decir verdad, la UCI no debía ser el lugar más agradable y con mejor surtido de comida del hospital. No creo que yo fuese una excepción en aquel lugar. Supongo que mis vecinos tampoco estarían en mejor condiciones que yo como para disfrutar de grandes ágapes.

Con todo, era evidente que el carrito de las bandejas de comida no iba a hacer parada en mi estación. Mi alimento ya entraba por vena, al igual que empezaba a ocurrir con la fastidiosa y horripilante voz de mi cuñada. Cada vez le tenía más odio. Y para colmo acababa de llegar la otra hermana. ¿Dónde capullo se había metido mi mujer aquel día?

Según había escuchado, hoy no trabaja, lo cual no sé por qué aún. El niño está de vacaciones, ya que es el día del maestro. Cosa que tampoco he entendido jamás. ¿Cuántos días necesitan los profesores al año para librar? ¿No es suficiente con los dos meses de verano, las dos semanas de navidad y semana santa, las tardes libres, los fines de semana y festivos, amén de algún que otro puente innecesario? ¿Era preciso meter otro día más en noviembre para celebrar la incuestionable labor del profesorado infantil?

A ver, para nada quiero denostar el inconmensurable trabajo de los chicos y chicas, señores y señoras que se ocupan de cuidar y sacar adelante a grupos de veinte enérgicos y revoltosos niños; pero me parece que están empezando a olvidar un pelín el sentido de su oficio. Un problema que mucho tiene que ver con la favorable y descompensada situación de privilegio de la que goza en funcionariado español. Tampoco les recrimino demasiado. Acostumbrarse a lo bueno es lo que tiene. Y luego cuando te piden un pequeño esfuerzo en incremento de horas o rebaja mínima salarial para poder «arreglar» el país entre todos, pues normal que se monten en cólera. Caro, siempre les queda la recurrente excusa y célebre frase: «Para algo he estudiado la carrera y sacado una oposición». Correcto. Eso no se lo niega nadie. Pero también les recuerdo que el hecho de tener asegurado el sueldo y el puesto, no quiere decir que hayan superado los niveles de inteligencia necesarios como para pasar la mañana. Como tampoco les da derecho a utilizar al resto del país como campo de recolección. Recordemos que los servicios públicos son ellos y que si se han sacado una carrera y aprobado una oposición deberían tener un mínimo de decencia, o por lo menos disimularla. Aún así, como último recurso siempre tenían la baza de ponerse en huelga. Otro de esos derechos que saben usar como nadie, con la fina ironía de que si ellos se ponen en huelga, los servicios públicos se ven mermados en demasía. En fin, cosas de vivir en un estado social democrático de derecho.

Y digo todo esto con conocimiento de causa, puesto que la mediana de mis cuñadas era maestra, aunque llevaba algunos años sin ejercer. Al parecer, la estresante rutina escolar le había dejado exhausta. ~~Pero~~ sobre todo, el hecho de que su marido hubiese heredado la fortuna de su padre, hizo posible que ella se ocupase de impartir educación tan solo a sus tres hijos y a la pequeña recién llegada al mundo. De modo que en este momento, el único de la familia que tenía a su mujer trabajando para poder sacar adelante el mes, era yo. Era, por así decirlo, el tonto de la familia, la oveja negra, el muerto de hambre o cualquier apelativo que me haga ser la única pieza prescindible entre toda aquella maraña de repulsivos snobs. Poco menos

que el paria del grupo. Y no es que supusiese que pensaban eso, sino que incluso me lo decían. Entre bromas, claro. Ese tipo de bromas que se lanzan en momentos concretos y delante de según qué terceras personas y con según qué tonito, con el único motivo e intención de ser destructiva. Camuflada, claro, entre la broma. Y ese tipo de cosas, hacen de uno un ser impotente, un ser incomprendido, frustrado y en ocasiones rábico. Y lo peor de todo es que se llevan el gato al agua. Con cada una de esas artimañas retórico-hijaputas, consiguen hacer más grande su impunidad para todo.

Pero como solía decirme mi mejor amigo, un tipo más insospechado y extremista que yo: «Así es la vida, es lo que hay». ¿Y qué hacía un tipo como yo en una familia cómo esa? Pues supongo que eso se preguntaban a diario mi suegra, mi fallecido suegro, mis cuñados, cuñadas e incluso de alguna forma mis sobrinos. Pero mientras Marta no me pusiese un papel de divorcio encima de la mesa, pues la cosa estaba así. Y pese a las discusiones, el aburrimiento y el poco sexo, de alguna forma nos queríamos. E incluso en muchas ocasiones éramos muy parecidos. Tanto, que el choque de trenes era inevitable.

Lo que sí resultó ser un choque de trenes, fue la improvisada y reveladora reunión de negocios que tuvieron al lado de mi cama mis dos cuñadas, las cuales acababan de entrar al box, solas. A día de hoy, aún me sigue extrañando el hecho de que cayéndoles tan mal, estuviesen tan pendientes de mi estado.

—¿Todo igual? —preguntó mi cuñada, la mediana, con serios indicios de agotamiento. Como si hubiese acabado una media maratón con meta en aquel box de la UCI.

—Sí. Sigue igual. El médico ha dicho que va a perder las piernas si sale vivo.

—¿Y saldrá?

—Lo estamos viendo —la mayor de mis cuñadas respondía a las preguntas con pesadez y preocupación. Me resultó muy raro. El desdén y el tono insultante solían ser la tónica.

—¿Qué estáis viendo? Ni se os ocurra tocar nada vosotros, ¿Me oyes?

La mayor no respondió esta vez, ni comentó nada al respecto, por lo menos de palabra. La mediana siguió hablando a los pocos segundos.

—¿Has hablado con mamá?

—¿Cuándo?

—Hoy. Esta mañana.

—No. Desde ayer no he vuelto a hablar. ¿Por qué?

—Cree que Marta sabe algo.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que sabe?

El tono de la mayor de las cuñadas se aceleró, empezando a emanar ese quejido ofuscado y soberbio tan característico suyo.

—¿No te parece raro que precisamente hoy no venga?

—Está tardando, sí.

—Viene todos los días religiosamente. Y justo hoy, se le hace tarde. ¡Hoy que es cuando menos tiene que hacer!

—Lo mismo está con...

¿Con? La muy zor... se quedó a medias de acabar la frase ¿Con quién coño está? ¡Dilo, jodida imbécil! ¿Con quién se supone que debería estar Marta?

—¿Todavía? No creo. Mamá tiene ojo para estas cosas. Dice que sabe algo desde hace tiempo. Y yo también lo creo.

—¡Vamos a ver! Si sabe algo, es demasiado buena actriz. ¿Qué ha visto mamá?

Mis oídos y mi mente estaban pendientes de aquella conversación como no habían estado de ninguna durante mi estancia allí. Ahora estaba claro que ocurría algo. ¿Pero por qué hoy? ¿Por qué todos estos días atrás no habían comentado nada al respecto?

—Habla con ella tú. Viene de camino. Pero no le digas nada a tu marido ni al mío.

—Ya lo sé. Mi marido dice que tan solo faltan unas cuantas gestiones con el tema de las hipotecas.

—¡Ya! —espetó con parsimonia la mediana de mis cuñadas—. Tranquila, el hermano dejó atado ese tema. No podrán hurgar más allá de lo que ya saben.

—Eso espero. No me gustaría que se complicase todo por una gilipollez de despiste.

—Calla, ya vienen. Mamá también va con ellos.

Vaya, mira por donde, casi toda la tropa al completo, justo en el momento menos oportuno. Y aquella situación me estaba generando un bloqueo mental profundo. Casi hasta podía notar el recuerdo de una opresión en el estómago. ¿Qué cojones estaba pasando? ¿Qué estaban haciendo? ¿Qué pasaba con Marta? En aquel instante la persona de mi hijo, se me vino a la cabeza. Si al final fallecía en aquel box de la UCI, en manos de quién iba a dejar a la única persona que no tenía nada de culpa de lo que sucedía a su alrededor. En ese momento me di cuenta de lo que realmente significa ser padre. El único miedo o pesar que te inspira la muerte es el de no saber en qué situación quedarán tus descendientes, y en qué les afectará, y quién se preocupará por ellos como tú lo haces. Pero además de aquel instintivo sentimiento paternal, amanecía la posibilidad de que algo oscuro estaba ocurriendo en el seno de la familia Montes. Y yo sin saber de qué forma encajaba la figura de Marta en todo aquello.

En cuanto el crispante repicar de tacones de mi suegra fue apoderándose de toda la planta del hospital, mis oídos volvieron a esgrimir el cien por cien de su capacidad. Creo que incluso estaba desarrollando un superpoder auditivo. Y lo peor de todo, es que me lo creía de verdad. Es lo que tiene ser friki de los cómics de superhéroes.

—¿Cómo estáis, nenas? —así les llamaba mi suegra a sus hijas. Otra manía que tenían en esta familia «bien avenida», era la de saludarse con dos besos cada vez que se veían, aunque se vieran catorce veces al día. Se daban veintiocho besos y tan a gusto. Era algo más que pedante, era demagógico; ya que tenían tanta facilidad para darse los besos como para insultarse a viva voz y con amagos de violencia doméstica ocasionales. Lanzamiento de escobas, patadas voladoras y otras acrobacias intimidatorias.

—Bien, mamá. ¿Y tú? —escuché el «muac» de los besos. Luego.

—¡Podría estar mejor! Ya me ha comentado tu marido lo de las piernas.

—Sí. Parece que las ha perdido ya.

—Lo que no pierde es la vida. Mala hierba nunca muere. El condenado nos va a estar amargando la existencia hasta el último minuto.

Bueno. Empezaba a sospechar que mi tardanza de presentarme ante las puertas de San Pedro, les estaba causando algún que otro contratiempo. No es que mi suegra me haya tenido demasiado aprecio nunca, pero oye, tampoco había que pregonar airadamente que deseabas mi muerte como agua de mayo. Sin embargo la señora continuó con su elegante repertorio de deseos hacia mi persona.

—A ver. He estado hablando con el abogado de la familia. Dice que en determinados casos la eutanasia puede ser posible llevarla a cabo.

¡Joder, que la jodida arpía quería matarme antes de tiempo! ¡A que me levanto y le doy una hostia!

—Pensaba que era ilegal —comentó el marido de mi cuñada la mediana.

—Y lo es. Pero existen ciertas fisuras y procedimientos que pueden conducir a que la cosa se disimule.

—Hacedme el favor y hablad más bajo, los enfermeros están por aquí —dijo con voz queda mi cuñada mayor—. Resulta que existe el concepto de eutanasia pasiva incluso cuando el paciente no reviste dolor. Es decir, que está en estado vegetativo, como Lázaro. Pero dado

que su situación de supervivencia es mínima y que los daños que acarreará si despierta son altos, es posible conducirlo al fallecimiento de tal forma que no se actúe para prolongar la vida. En especial, si estás «enchufado». Y no me refiero a las máquinas. Vuestro padre y yo conocíamos bien a los médicos más importantes de este hospital. Al final, todo se reduce al dinero y al testamento. Cosa que espero os estéis ocupando debidamente vosotros.

—Estamos en ello —respondió mi cuñado. El «bocachancla» calzonazos.

Mira por dónde, ya hasta empezaba a darme un poco igual que me maten. Pero quería saber por qué. Y sobretodo quería saber qué sacaban ellos con eso, con mi muerte. ¿Y Marta?

—¡No me vale estar en ello! —replicó rotunda y autoritaria mi suegra—. Hay que tenerlo solucionado ya.

—El problema es la imputación del médico amigo vuestro —dijo mi cuñado el fantoche.

—¿Problema? Yo os he pedido algo muy sencillo. De todo lo demás me ocupo yo. ¿Correcto? —espetó con su soberbia y cinismo habitual.

—Digo una cosa... —intervino con su sarcástico y retador sonido de voz, el marido de mi cuñada mediana—. ¿Os habéis planteado qué va a pasar si despierta? Me refiero a que no sea posible eso que comentas de eutanasia pasiva y que al final despierte del coma.

—Eso no va a pasar.

—Ese abogado vuestro... —mi cuñado, el de la mediana, empezó a agitar el ambiente. Tenía una gran facilidad para sonreír a la vez que te estaba vacilando. Su deje de voz, su tonito y su intención disimulada eran punzantes y corrosivos. Conseguía sacar lo peor de uno, sin apenas esfuerzo—. ¿Podemos hablar con él, suegra?

—Es el abogado de la familia. ¡Fa-mi-lia! —remarcó la suegra, acentuando cada sílaba—. ¡Mi marido lo dejó escrito bien claro!

Ambos cuñados debieron acatar la respuesta con diplomacia, ya que no respondieron. La jefa, como así la llamaban, era implacable. Y aunque la edad ya le estaba mermando sus capacidades de mando, seguía inspirando en todos cierto peligro cuando tomaba la batuta de las decisiones. Por mi parte, yo, jamás la llamé jefa. Para mí era de ese tipo de personas que empeoran el planeta. Por descontado, ella pensaba tres cuartos de lo mismo de mi persona. Y ambos nos propinábamos asiduamente miradas que así lo corroboraban. Lo que nunca pensé es que quisiese dejarme morir de forma deliberada.

—Pues ya nos irás diciendo, ¿no? —Vaya, el otro cuñadito inesperadamente se vino arriba e hizo un amago de vacile. Hoy estaba en modo chuleta. Bueno, casi siempre lo estaba. Pero ese «¿no?» sonó a tocapelotas, e incuestionablemente así se lo tomó la jefa.

—Hacedme un favor —les sugirió a los machotes de mis cuñados con firme y amenazante tranquilidad—. Dejadme a solas con mis hijas.

—¡Venga! —se oyó por lo bajini a mi cuñada mediana, intentando suavizar la escena.

Joder una de las mayores putas es no poder ver las caras de ninguno de ellos. Pero yo tampoco es que tuviese muy buena cara en aquel momento, dada la situación. Allí se estaba cocinando un guiso difícil de digerir. Los hombretones salieron del box, y hasta que dejé de escuchar sus pasos no volvieron a decir nada ellas.

—Bueno, y entonces ¿qué vamos a hacer?

Preguntó algo hastiada mi cuñada mayor.

—Por lo pronto, esperar a que venga tu hermana. Al parecer tiene otros asuntos que lidiar con sus abogados. Supongo que será por el tema del niño. Lázaro y ella... Bueno ya sabéis lo de...

¡Me cago en mí...! Yo no sé si era peor no haberme enterado jamás de nada, o quedarme a medias de saber, como estaba ocurriendo hoy. Se habían propuesto hoy joderme vivo, o

medio vivo mejor dicho. En estos dos meses había oído muchas lindeces sobre mí, sobre Marta e incluso sobre el niño. Es más, había oído a cada uno de ellos poner a parir a cada uno de los demás, pero precisamente hoy, estaban pronunciándose respecto a un turbio asunto del que no había tenido noticia alguna.

Pero entonces, algo interrumpió la conversación entre las chicas de la familia Montes. La siguiente sorpresa del día se personó en el box 5 de la UCI en forma de mujer. Pero no Marta, aún no. Era una de las vigilantes de seguridad del hospital. No sabría asegurar con exactitud, pero por la pesada y campesina voz, debía de ser una vigilante entrada en kilos que no iba a cumplir ya los cincuenta. Vamos, la típica empleada de servicios de seguridad de un recinto cerrado que tiene más controladas las entradas, salidas, meriendas, cenas, almuerzos, conversaciones y amoríos del resto de los empleados, que el propio hospital en sí.

Le estaban dando indicaciones desde el walkie-talkie como si fuese el carrusel deportivo de los domingos. Ésta debió bajarle la voz, por cómo se cortaron de repente. Pero por lo poco que pude descifrar, estaba ocurriendo algo en la puerta principal del hospital.

—¿Señora Montes? —preguntó la vigilante ya dentro del box.

—Sí, soy yo —respondió dispuesta y altiva mi suegra.

—Tiene que acompañarme a la puerta principal del hospital, por favor.

—¡Ah, sí! ¿y puede saberse para qué?

—Hay alguien abajo preguntando por usted y se está poniendo un tanto nerviosa.

—¿Nerviosa?

—Sí, nerviosa. La tienen retenida mis compañeros abajo. Viene acompañada de un caballero, pero es mejor que me acompañe —la voz de la vigilante se volvió menos suave y diplomática—. ¡Por favor!

Vale, vamos por partes con las pistas. Tenía algunos datos tales como: Nerviosa igual a mujer, retenida igual a la ha liado un poco, acompañada de un caballero igual... Bueno mira, o decían algo más o estaba francamente perdido.

—Mamá, bajamos a ver y ya está —comentó mi cuñada mediana.

—Muy bien, bajemos, pero espero que no me hagan perder el tiempo esta gente —dijo con un grosero tono despectivo—. Es el precio de venir a un hospital público, que se cuelan todos los anormales de la ciudad.

—Vamos. Cuanto antes veamos quién es mejor para todos.

—Si me acompañáis... —sugirió la vigilante volviendo a suavizar el tono de voz.

—¡Sé donde está la puerta principal!

Se puede ser arisco, poco social, e incluso intolerante a algunas cosas; pero luego estaba mi suegra. Mirad, señores y señoras mías. Os diré una cosa: el mundo está infestado de soberbia, de ira, de envidia, de avaricia... ¿Cuántos pecados capitales llevo? ¿Cuatro? Bueno, para el caso, la gula, la lujuria y la pereza tampoco son tan graves.

Pero los otros cuatro juntos, daban como resultado las palabras «puta mierda de sociedad». Bueno, a ver, era mi farragosa manera de definir ese conjunto de egoístas y egocentristas especímenes que se hacen llamar raza humana. Estoy de acuerdo que las clases sociales, las nacionalidades y las diferencias entre sexos son un hecho lógico y evidente, pero me da algo parecido a pena o hastío (no sabría bien concretar) ver como cada uno de nosotros tiene un hombro por encima del que mirar. Mi suegra era el ejemplo más pragmático al respecto. Su hombro estaba por encima del resto de la gente de este planeta por el simple y mero hecho de haber nacido en el seno de una familia bien posicionada y haber acabado casada con otro que tal. Pero si tenía algo bueno, era que iba de cara. Te trataba como el culo sin compasión alguna y sin esconderse. No se molestaba en disfrazar con falsedad o sonrisas el odio que te tenía, como la gran mayoría de los mortales. Es más, no se cortaba un pelo a la

hora de machacar a alguien o de hundirlo en la miseria si era preciso para llevar a cabo sus planes.

Mi suegra era implacable, calculadora, atroz. De esas personas que han sido capaces de vender su alma al diablo por un puñado de dólares, si Sergio Leone me permite la apropiación de la frase. O si no, me dirán ustedes si es normal que provoque una situación en la que dos sobrinos suyos acaban en la cárcel por blanquear dinero de ella en los negocios de estos «pobres» constructores (que cayeron en manos de la Lee Van Cleef de los empresarios). Y digo pobres ahora, porque hubo una época en la que caminaban por la misma alfombra que mi suegra y mi suegro. Hicieron un pastizal durante los años de bonanza a cuenta de estafar a cientos de propietarios convencidos de que sus casas eran las de mejor calidad de toda la nueva urbanización al norte de la ciudad. Pero lo que de verdad no repararon es que aunque la mona se vista de seda, mona se queda. A los cinco años las casas se caían a pedazos y los seguros basura que mis suegros les habían obligado a hacerse a todos y cada uno de los compradores, aseguraban a todos; a todos los Montes. De verdad, no sé qué cabriolas y recovecos fiscales o administrativos hicieron, y la verdad me da dolor de cabeza solo pensarlo, pero consiguieron joderle la vida a todos los pobres incautos ciudadanos que ilusionados hipotecaron sus vidas hasta las cejas; los mismos que se quedaron con cara de gilipollas al ver que sus seguros estaban firmados por la propiedad y no por los propietarios de los pisos. Es decir, que todo el que no hubiese pagado a tocateja el piso, estaba obligado a costear el deterioro de su vivienda viendo además cómo la aseguradora cobraba la prima por los desperfectos de los edificios en cuestión. Ya lo sé... ¿Cómo es posible eso? Pues mira, tampoco sé decirlo. Para eso hay que nacer o muy entendido en gestión y finanzas, o nacer siendo un hijo de puta. Y lamentablemente yo carecía de tales capacidades innatas.

Aunque para regocijo de mis suegros, cuando la cosa se puso fea con la intervención de hacienda en el asunto y las denuncias de propietarios comenzaron a alcanzar terrenos sinuosos, apareció un misterioso resquicio contractual que decía que la aseguradora había depositado unas cuantiosas sumas de dinero en las arcas de la constructora para sufragar el coste de las calidades del edificio y que como contraprestación, obligaban a los propietarios a firmar el seguro de vida con GESTMONTES. De modo que resultó que sin comerlo ni beberlo, los sobrinos habían estado blanqueando capital de la empresa de mis suegros para acabar con edificios inhabilitados y una aseguradora cobrando perjuicios. Y claro, ellos en la cárcel de diez a quince años. Los sobrinos claro. Los suegros acabaron en el Caribe, con Curro.

Pero un pajarito me ha dicho que el pescado acaba oliendo por mucho que lo escondas. Y con todo lo que está ocurriendo en los últimos años, me da que todo el dinero que tienen en paraísos fiscales camuflado con la creación de falsas empresas en esos países, como Panamá, donde creo tienen bastante efectivo; va a acabar por meterlos a todos en la cárcel. Por suerte, mi mujer salió a tiempo de esa cueva en la que la oscuridad te mata tarde o temprano. Y no es que confíe en la justicia ni mucho menos. No soy de los que piensan que es lenta pero efectiva, no. Soy de los que piensan que es un elemento necesario para que los delincuentes con mucha pasta puedan no ir a la cárcel. ¡Joder, ojala tuviese el suficiente dinero como para cargarme a unos cuantos de un plumazo!

En fin. Sin comerlo ni beberlo, me dejaron solo de nuevo en el box. El revuelo seguía latente en la planta y los enfermeros y médicos rumoreaban sobre lo que estaba pasando abajo. Mis pabellones auditivos se pusieron a trabajar a pleno rendimiento de nuevo, intentando ampliar el radio de escucha, pero el único sonido claro que llegaba a mí era el de los susurros de algunas enfermeras al estilo abuela de pueblo sentada en el portón criticando a todo «quisqui», y las voces de la loca del box 8, gritando: —¡Quiero irme a mi casa yaaa! ¡Me tenéis retenida, voy a llamar a la policía!

Así una y otra vez, sin parar, sobre todo a la hora de comer. ¡Hija de..., qué amargura de señora! Era una desquiciada y sicótica señora que había llegado hacía unas semanas.

A todo esto, se volvieron a meter en mi box dos enfermeras. La argentina y la vieja cascarrabias, una mezcla no apta para cardíacos. De la que aún no os he hablado es de la vieja. Y a esta había que darle de comer aparte. ¿Sabéis de esas personas que la primera palabra que sale de su boca cuando le dices, preguntas o sugieres algo, es un «no»? Pero es que es un «no» la primera palabra, aunque lo que venga a continuación corrobore lo que tú acabas de decir. No sé a vosotros, pero a mi dan ganas de meterle una somanta de... cada vez que hablan. Pues esta señora, de impertinente voz y continua queja y malhumor era la señora enfermera cascarrabias. Creo que estaba en un rango superior de enfermeras. No conozco demasiado bien la escala jerárquica de un hospital, pero me daba que había clases y clases de enfermeras. Por no hablar de médicos. Aunque ese es un tema aparte. Es como jugar en la liga preferente o en la primera división. Ni tan siquiera pueden cruzarse saludos entre especímenes de diferentes ligas. Y esto es así en todo en la vida, señores míos. Las mezclas no son buenas, algo que me decía muchas veces el borracho del bar de mi barrio. Un tipo peculiar, defenestrado, inmundo, pero con dos dedos de frente.

Creo que me he ido un «pelín» por las ramas, pero la cuestión es que aquellas dos dispares enfermeras: la cargante argentina y la vieja cascarrabias, estaban merodeando a mí alrededor como dos gallinas cluecas. Hacían como si revisaban los cachivaches a los que me tenían conectado, pero lo que en realidad urdían, era una vil argucia para poner a parir al médico que me estaba llevando el caso. Y mira tú por dónde, acabé descubriendo que lo que ocurría abajo, en la entrada del hospital, tenía algo que ver conmigo y con ese médico.

## Viernes de 2015. 14:20 pm.

El mejor momento de mi vida no fue cuando nació mi hijo. Para nada. Posiblemente fuese el momento más traumático de toda ella. Y mira que ha habido otras ocasiones menos célebres que esa como para situarlas en el «number one» de mis tragedias. Pero el día en que nació el niño... ¡Madre mía! Si podéis, no tengáis nunca un hijo, y si lo tenéis, no entréis al parto.

No hay cosa más cruel y sanguinaria que un paritorio. Y es que después de dos días internado allí con la tensión por las nubes, esperando entre contracción y contracción a que dilate la zona vaginal de tu esposa la friolera de 10 o 12 centímetros (cosa que jamás hubieses podido imaginar) y que cuando eso no sucede por los mecanismos naturales, los expertos y estoicos médicos decidan empezar un proceso de harakiri permanente sobre la madre... Eso, señores míos, no tiene precio. ~~Pero~~ Y entonces, cuando crees que todo se soluciona con la famosa epidural, descubres que la tragedia está aún por salir a escena.

No hay dilatación suficiente, el feto está colocado de forma que se impide a sí mismo salir con facilidad y para colmo, la placenta ya ha entrado en proceso de descomposición. De modo, que quiera o no la madre y el padre, el bebé tiene que salir de allí dentro como sea. Por las buenas o por las malas.

Y cuando digo como sea, no me esperaba que fuese así. ¿Habéis visto los combates de la WWE? ¿Sabéis esa maniobra en la que un luchador se sube a las cuerdas en una esquina del

«ring», coloca el brazo en posición de ataque y de un salto se lanza sobre el otro combatiente, tumbado indefenso en la lona, cayendo sobre él y clavándole el codo en el estómago? Pues poco más o menos eso fue lo que el médico hizo con mi mujer. Ahora bien, pude comprobar con estupefacción como aquella estrategia ni era la primera vez que la ponían en práctica ni tampoco iba a ser la última. Tú no te enteras, pero pocos segundos antes, mientras te avisan de que posiblemente tengas que salir de allí rumoreando la posibilidad de practicarle la cesárea a la madre o de usar forceps en el mejor de los casos; te están rodeando y se están colocando estratégicamente todas las enfermeras, auxiliares y médicos en las posiciones precisas como para recepcionar la salida del bebé con total garantía de éxito, como si fuesen un «quarterback» en un partido de la «Superbowl».

Pero lo que ninguno de los que estábamos allí dentro nos imaginábamos, era lo que ocurriría al salir el bebé del vientre de mi moribunda y aturdida esposa, Marta. O puede que alguno si lo viese venir después de todo. Se llevaron al bebé con una urgencia pasmosa y no volvimos a saber de él hasta el día siguiente. Mi suegra se ocupó de todo lo que concernía al niño, y yo me dediqué a cuidar y reanimar a Marta, que había entrado en estado de shock.

—¿Es verdad eso que dicen del doctor? —preguntó cuchicheando y asombrada la argentina.

—Eso parece. Y te digo una cosa, no me extraña nada en absoluto —respondió la cascarrabias empleando un punzante sonsonete.

—Pues se le puede caer el vello, como dicen ustedes acá.

—No ¡El pelo! Decimos el pelo, no el vello.

—Es lo mismo ¿no?

—No, no lo es. En España es el pelo.

—¡Vale, vale, pues el pelo!

—No, mira lo que te digo, le está bien empleado. Un hombre de su posición debería cuidarse de hacer según qué cosas.

—Traer un niño al mundo, no debería ser algo tan superfluo como lo que hace este hombre. O por lo menos no debería ser un negocio.

—Pero... ¿Ha habido más casos?

—No ¡Mujer! —esa exclamación llevaba entre líneas una respuesta afirmativa.

—¡Fíjese! Aquí tumbado, tan tranquilo y sin saber nada de nada.

—No, casi mejor que así sea si se levanta. Cosa que no dudo ocurra. Aquí hay gato encerrado, te lo digo yo. Y sabe más el diablo por viejo que por diablo.

—Sí, eso parece. Mucha plata tuvieron que pasear por sus cuentas para que hiciese algo así. Y aquí la justicia ya veo que anda más limpia que en mi país.

—¿Justicia? Eso no existe ni en tu país ni en el mío, ni en ninguno. ¡Esto es la justicia!

Me apuesto un millón de euros a que esa afirmación la acompañó haciendo el gesto de dinero frotándose los dedos índice y anular con el pulgar.

—Pues debió de haber mucha justicia como para que el doctor decidiese llevar a cabo esa aberración. ¿No le parece amoral incluso para alguien sin escrúpulos? Hasta los corruptos, los psicópatas o incluso el diablo —espetó con sarcasmo—, tienen su código moral.

—¿Sinceramente? A mí me parece que este mundo se ha caducado. Todos y cada uno de los humanos deberíamos salir del planeta tierra a la voz de ya.

—Sí, sí, está muy bien toda esa plática trascendentalista, pero lo que está claro es que alguien va a pagar por todo ello. Y la mujer que se ha presentado en la puerta del hospital viene para remover cielo y tierra. ¿Es ella no?

—Sí, esa mujer que ha venido poniendo el grito en el cielo es...



Estaba a punto de salir de su boca la identidad de aquella señora, cuando se cruzó en el camino una piedra. Y es que la mala suerte se estaba cebando conmigo y mi cabreo cada vez era más acuciante. Y no me mordía las uñas por lo que ya sabéis. Lo cual hizo que pensase si en mi estado, las uñas y el pelo crecía de forma normal. Si era afirmativa la respuesta, alguien debía de estar ocupándose de hacerlo o sencillamente ahora mismo yo debía de ser una especie de orco del Señor de los Anillos. En fin, la cuestión es que me quedé un buen rato más sin saber quién era esa jodida mujer que se había plantado en la puerta principal del hospital. Porque quien sí se plantó en ese momento en mi box fue el desgraciado de mi jefe, junto con la enfermera guarrilla. Esa que hacía un par de horas debió disfrutar de los placeres erótico-curiosos con mis genitales.

¿Se puede saber qué hacía el «camoto» de mi jefe aquí? Lo de camoto era un insulto que él solía usar con asiduidad para referirse a alguno de sus empleados en las acaloradas y reiteradas discusiones a las que nos tenía acostumbrados durante la agradable jornada laboral. Lo cierto es que yo no podía ver la cara de la enfermera, pero la de él, aún sin verla, se me clavó en la mente. Solo con escucharle hablar ya era suficiente para imaginarlo con total certeza.

Esa sonrisa de chuleta de alquiler, esa pedante altanería y ese tonito refinado que solo adoptaba para dirigirse a las «hembras»; y todo ello enfrascado en un cuerpo de no más de metro sesenta, con apremiante panza cervecera e indicios de chepa, mezclado con una barba perfilada que parecía la sujeción del yelmo de un soldado medieval, pero sin yelmo, porque su cabeza relucía mañana sí, mañana también. Era calvo, sí. De esos calvos que se afeitan enteritos la cabeza para parecer tíos más sexys, cuando la verdad es que son calvos y punto, y solo se afeitan para no mostrar de lleno la prominente calva de fraile que amenazaba su estilismo.

Pues bien, en rasgos generales, ese era mi jefe. Pero para mí, sencillamente era el tipo al que jamás llamaría para nada en caso de vida o muerte; es más, no lo llamaría bajo ningún concepto, ni bueno ni malo. Y como jefe, pues posiblemente la persona de la que menos te podías fiar en toda la empresa. Y es que a ver, una cosa es inspirar autoridad y otra inspirar ganas de reventarte la cara. Se puede ser estricto, perfeccionista e incluso un imbécil, pero otra cosa es que te creas con la desfachatez y el descaro de cuestionar cada día la honradez y profesionalidad de tus empleados con la famosa frase, «no os consiento que juguéis con el pan de mis hijos», cuando el primer maestro de la deshonra, el escapismo y la manipulación era él.

Era un tipo con una labia desbordante, con una capacidad para darle la vuelta a todo, consiguiendo incluso que acabases dándole la razón; y con una dudosa experiencia laboral que se encargaba de fanfarronear a los cuatro vientos. Y es que abuela estaba claro que no tenía, y para echarse flores a sí mismo se las daba que ni pintado. Me pregunto si cuando nos hablaba de sus batallitas, tanto personales como laborales, sabía que estábamos pasando olímpicamente de él, o que en su defecto le reíamos con la falsedad más falsa que ha existido jamás en unos empleados. Supongo que sí, pero ese tipo de personas se alimentan de sus propias mentiras y duermen más tranquilos sabiendo que como mínimo han generado la duda de quienes les escuchan. O tal vez fuese ese pobre diablo que piensa que la vida más crápula, la más canalla, la más aventurera y la más morbosa es la que él ha vivido.

~~Pero~~ en fin, era el jefe, y a veces, reírse con él va en el cargo de ser empleado. En el suyo, sin lugar a dudas iba el de apuntarse todos los méritos de sus empleados y encargarse de adjudicar la culpa de los fracasos a esos mismos seres indefensos sin voto y a veces ni voz. ¡Vamos, una joyita para llevarse a la cama! Cualquiera de mis cuñados a su lado, podían llegar a ser hasta soportables.

Y ahí lo teníamos, intentado «camelar» o impresionar a la enfermera guarrilla con sus dotes de seductor de manual. Porque otra cosa no, pero a tutoriales y a Wikipedia no le ganaba ni dios. Sinceramente, creo que era lo único que hacía en todo el día, empaparse de cualquier tontería o tecnicismo susceptible de poder usarse como arma para seguir dándose de lo que no era: un tipo guay. No, amigo, no. Lo que tú eres es un tonto a las tres. Un tonto para siempre. No para un rato solo, no. ¡Eres un tonto para siempre! Y con papeles si me apuras. Porque si existiese alguna ley que obligase a los tontos a inscribirse en algún registro, sin duda este personaje sería el más ilustre de todos ellos.

—¡Vaya, no sabía que habían renovado la plantilla de enfermeras del hospital tirando de la lista de misses de la ciudad! —qué ocurrente. Un fenómeno de la patética ocurrencia. Machote, hace años que dejó de ligarse así, y más siendo un calvo, enano, barrigón—. Voy a tener que hacer la selección de personal para mi empresa donde la hace el hospital. No me vendrían mal algunas chicas de tu categoría.

Vale, ya le había soltado que era el jefe de una empresa. Cosa no del todo cierta. Mi empresa era muy grande; y él, era el responsable de las oficinas donde yo estaba. El jefe era otro señor, al que no conocemos más que de vista en fotos. Alguien que posiblemente sí pudiese usar esas burdas y desfasadas estrategias de ligoteo con relativa efectividad.

—¿A qué se dedica su empresa? —preguntó la argentina sin ningún interés aparente. Más bien parecía estar vacilándole. Cosa, que era más peligrosa aún, porque mi jefe se venía arriba con esos retos.

—Es una empresa de publicidad, señorita... —dejó la alargada pausa esperando que ella le dijese su nombre.

—¡Enfermera! Señorita enfermera.

¡Toma ya! ¡En toda la frente! Se la comió con patatas la respuesta de la enfermera.

—Perdone, ~~si que~~ es verdad, es que a veces me puede mi confianza. Disculpe, señorita, si a su edad me hubiese encontrado con un tipo como yo, también hubiese sospechado de las intenciones. Ha hecho usted muy bien en no concederme su confianza tan pronto, pero ya descubrirá que soy de fiar —rió, intentando parecer cordial. Pero de fiar, nada.

—No se preocupe. Yo tampoco soy muy de fiar, no se crea —respondió con desidia.

—Por favor, de usted no. ¿Tan mayor me ves?

—No me he planteado su edad. No es algo que suela hacer de los familiares o amigos de mis pacientes.

—Y haces muy bien. Pero yo no soy familiar ni amigo. Soy su jefe.

—Pues aquí le tiene.

—¿Perdonad? ¿Se puede saber qué hacéis?

La enfermera cascarrabias medió por fin, poniendo en gala su tono vehemente y brusco.

—Es un... conocido de Lázaro. Quiere verlo —aclaró la guarrilla, que era quien le había conducido hasta el box.

—¿Un conocido? —preguntó la cascarrabias, sorprendida y con cierta desconfianza—. Toda la familia acaba de bajar a la puerta principal ¿Qué quiere usted?

—Estamos aún en el horario de visitas, ¿no?

—Sí, ¿y?

—Pues venía a visitarlo, si es posible claro. ¿En los hospitales, a la hora de visitas, aún se puede visitar a los enfermos, no? —insinuó con retintín y notable vacile.

—Claro que sí, buen hombre. Cuando acabemos con él, podrá visitarlo todo lo que desee. Eso sí, hasta que se acabe la hora de visitas.

—Lo de buen hombre es discutible, pero se lo acepto, señorita —acompañó su comentario de una fina risa irónica. Muy fino el sarcasmo de ese «señorita». Era otro de sus

dones, ofenderte con palabras que no tienen porqué suponer una ofensa. Pero la señora cascarrabias no lo encajó bien del todo—. Me gustaría hablar con la enfermera jefe, a ser posible.

—No, señora en este caso.

—Lo intuía. En fin... ahora que ya nos conocemos un poco más, podrán decirme en qué estado está Lázaro. Trabajaba para mí y bueno, hay que estar al tanto de ciertos asuntos cuando se dirige una empresa.

—¿Y eso porqué?

—Porque no están en disposición de no hacerlo.

—¡Déjese de monsergas! Si no es usted familiar, no pinta nada aquí, ahora mismo. ¡Además, es usted un chuleta de tres al cuarto que lo único que quiere es dárselas de machito con mis enfermeras! ¡De modo que lárguese por donde ha venido!

La cosa se empezó a poner fea sin previo aviso. Ni que decir tiene que mi jefe era más orgulloso que cuentista. Y lo segundo lo era un rato largo. Pero si algo le jodía, era que le ridiculizaran o se montaran encima de él en público. Y aquella señora era de armas tomar. Una desbocada mujer, sin pelos en la lengua. Pues así, sin comerlo ni beberlo, la señorona se lanzó a la yugular (dialécticamente hablando) de mi jefe, cuya reacción fue la siguiente.

—¿Sabe una cosa? Ahora entiendo porque la sanidad de este país está tan bien valorada. Con gentuza como usted que no hacen más que quejarse por los turnos, criticar a todo el que se menea, fumar en los descansillos entre plantas y comer tostadas cada hora y media durante su jornada laboral, no me extraña que las quejas de los pacientes y sus familiares tengan movilizada semana tras semana a la prensa. Sois una pandilla de ineptas con el puesto y el sueldo asegurado —de eso que te está llamando de todo menos guapo y con un tono de voz tan afable como insultante. Los decibelios de sus cuerdas vocales no se alteraron ni un ápice. Parecía incluso estar contándole una anécdota curiosa.

~~Pero~~ Poco a poco la animadversión entre ambos fue «in crescendo». Hasta el punto de que las atónitas enfermeras tuvieron que mediar más adelante. Aún con todo, debía de reconocer, que el alegato de mi jefe no era del todo desacertado. Ojalá la mayoría de los que trabajaban en este y otros hospitales del país empleasen las mismas ganas en trabajar y velar por un servicio público, que en prepararse las tostadas o revisar toda la prensa en los ordenadores que pagamos el resto de los españoles para que cuiden de nuestros enfermos. Joder, como mínimo podrían disimular de vez en cuando. Supongo que el hecho de que seamos animales de costumbres, egoístas y faltos de escrúpulos, hace que nos importe una mierda lo que opinen aquellos que no tienen armas para luchar contra nosotros. Puede que sea un sentido de la responsabilidad y la autoridad algo tosco o frívolo, pero lo cierto es que mi jefe, al igual que esas enfermeras, pecaba a partes iguales en todo ello. Cada cual en la medida que les tocaba. Y supongo, que de alguna forma, yo también habría hecho lo mismo.

—Iba a seguir llamándole de usted, pero tu persona me inspira más llamarte de gilipollas para arriba. Con imbéciles como tú, es como nuestro trabajo se convierte en bazofia. ¡Creéis que es fácil gestionar un hospital y tener contento a todo el mundo y sonreírles a todos los inútiles desquiciados y depravados que llegan cada día! No, hombre no, aquí se viene a morir o a vivir, no a estar de recreo ni a criticar todo lo que no se entiende. Lo que tienes que hacer es darte media vuelta si no te gusta el servicio de este hospital y buscarte otro donde atiendan a ignorantes soberbios y demagogos como tú.

—¡Señora! ¿Está loca o qué le pasa? ¿Es que esnifan medicina ilegal o algo en este esperpéntico hospital?

—¡Tranquilícese, señor! —medió la enfermera argentina—. Cállese, por favor. Nos es momento ni lugar para dar la nota de esta forma. Estas cosas es mejor arreglarlas afuera, ¿entendés?

¿Le había retado o algo parecido? A mí me lo pareció. Y creo que a mi jefe también. Lo cual me corroboraba dos o tres cosas. Una que los argentinos y argentinas tenían el nivel de adrenalina pendenciara demasiado alto; otra que a mi jefe le encantaba provocar y ser provocado; y si cabe una tercera, pues me quedó claro que la surrealista situación que estaba teniendo lugar en aquel momento a pies de mi cama no era ni por asomo la mitad de rocambolesca que la que estaba teniendo lugar en la puerta principal del hospital con aquella aún desconocida señora.

—Ya decía yo que la señorita boluda tardaba en reaccionar. Sepan ustedes —inquirió con sonsonete y supongo que esgrimiría su habitual posición en jarra, la cual, lejos de resultar intimidatorio, hacía que pareciese un botijo antiguo—, que la señora que hay abajo, liándola, es una señora que dice que el hijo de este señor es suyo.

¡Boom! Así debieron sonar todas las neuronas y nervios de mi cabeza al escuchar aquella afirmación que lanzó a los cuatro vientos mi encargado. Un estallido cuya deflagración no causó ningún daño colateral más que a mí mismo. ¿Y de qué vale eso? Pues para lo único que sirve es para dejarme al borde de un infarto. Y estando en mi situación, era cuanto menos irónico.

~~Pero~~ lo más irónico de todo, es que el inútil y cabronazo de mi jefe fuese la persona que había aparecido en aquel momento para poner un poco de luz sobre todo lo que estaba pasando. Pero claro está, de los detalles no me enteré hasta bastante después. De algunas cosas, hasta bastantes días después. La argentina, la cascarrabias y la guarrilla prosiguieron con los improperios y los voceríos. El hospital se había vuelto loco. Una maraña de voces, gritos, carreras y demás signos de algarabía llegaban a mis oídos desde todas partes. Parecía como si con aquella señora hubiese entrado el jodido huracán Katrina en el edificio.

—Con doctores como el que nombran, no me extraña que hayan enfermeras como vosotras. A ver, decidme, ¿Quién se lo ha tirado más veces? —parecía que estuviese tratando de forzar la máquina, mi jefe.

—Es usted un asqueroso —dijo con marcada acritud y desprecio la guarrilla.

—¿Usted? Este desgraciado no merece que le llamen de usted. Mírale, seguro que es de esos que critican todo por cuanto están frustrados en la vida —reconvino la cascarrabias—. ¿O me vas a decir que no venías tirándole los trastos a mi enfermera?

—Las mujeres retrógradas como vosotras piensan que ser simpático es sinónimo de querer follaros. Y tal vez sea cierto, me gustaría hacer lo segundo, pero posiblemente no os dieseis cuenta de para qué.

—¡Mira, pendejo! —arremetió la argentina—. ¡Eres un mal follado, eres el puto subnormal que ha tenido suerte de que nadie le haya partido la cara aún, y posiblemente porque nadie quiera perder el tiempo en golpear a un ser absurdo y miserable como tú! ¡Ahora mismo eres lo más parecido al grano que tengo en el orto, así que o te marchas por donde has venido, o te exploto hasta que no te quede pus en la cabeza! ¿entendiste, boludo? —se quedó a gusto. ~~Pero~~ Aunque de poco le sirvió.

Para ser sincero, yo me hubiese ofendido un poco. Es más, me hubiese venido abajo y con total seguridad sentiría pena de mí mismo si se diese el caso de ser yo la diana de todos esos insultos o valoraciones no del todo cariñosas; que por otro lado no eran muy desafortunadas. Pero mi jefe era un gran sparring para ese tipo de situaciones.

—¡Vais a hacer una cosa! —El tono de voz de mi jefe esbozó un ligero matiz a chantaje y amenaza. Me recordó a ese: «voy a hacerte una oferta que no podrás rechazar», muy típico de

a mi parecer la mejor película de todos los tiempos: El Padrino—. Vosotras me vais a dar una cosa que yo necesito, y a cambio no publicaré en la prensa cierta información y pruebas que tengo, y que os relacionan con lo que ocurrió. Conozco a mucha gente influyente en los medios de comunicación, y no quiero que este tema salga a la luz sin tener yo la exclusiva. ¿Comprendéis?

—¡Exclusiva! —no sé bien decir si lo preguntó o lo exclamó, la argentina.

—¡Sí, boludita! Las exclusivas son dinero en el mundo de la prensa, mucho dinero ¿entendiste? —dijo, adoptando un ridículo y mal entonado acento gaúcho. La enfermera argentina no tardó en crisparse. Porque si algo hay en el mundo que cabree a un extranjero, es que le vacilen con su propio idioma o acento. Y más a la argentina.

—¡Óyeme, hijo de la gran reputa, estoy a esto de clavarte esta jeringuilla infectada en la garganta!—. Debo reconocer, que desde mi postrado retiro físico en esa cama de hospital, me acojoné con la amenaza de la jeringa. Si a mí me dicen eso, como mínimo, un iceberg de boñiga hubiese asomado por mi esfínter.

—Óyeme tú... —creo que se estaban acercando sus rostros a niveles peligrosos. El tono de voz de ambos menguaba en decibelios pero aumentaba en amenaza y tensión—, la información que me ha llegado puede destruirnos a todas de por vida. A vosotras y a la familia de este hombre al que intentáis salvar inútilmente o matar hábilmente... ¿quién sabe? De modo, que si sois tan amables, podríamos continuar esta charla de una forma un tanto más agradable.

Se hizo un expectante silencio en el box.

—¡Callaos todos! —dijo la vieja cascarrabias. Y, la verdad, no tuvo tanto impacto su advertencia, porque llevaban varios segundos en silencio. O eso me pareció a mí—. Iros las dos, ahora mismo. Yo me ocupo de esto.

—Vaya, ya ha salido la rata a la superficie —concluyó por el momento mi jefe, refiriéndose a la cascarrabias.

Se volvió a hacer otro silencio sepulcral, palabra que cada vez me inspiraba más familiaridad. Por el sonido de los pasos, la argentina y la guarrilla debieron marcharse del box. Y lo hicieron sin mediar palabra. A lo lejos, aún se escuchaban voceríos de la gente hablando sobre lo que ocurría en la planta baja del hospital, con la repentina y agitada llegada de aquella persona que parecía estar revolucionando el confortable estatus de normalidad del hospital.

## Viernes de 2015. 15:00 pm.

«Las dudas son tan solo una estación de paso a medio camino entre la curiosidad y el conocimiento».

Recuerdo haber leído esa cita en algún libro existencial hacía unos años. Vamos, esas revistas de magazines y divulgación pseudocientífica que hay en las consultas de los dentistas. Panfletos estereotipados e inflados de utopías y gente feliz en donde los incautos seres humanos creemos vernos reflejados. Estaba dentro de un artículo de un escritor poco conocido, Vicman Mirete, creo que se llamaba. Lo cierto, es que esa frase me llegó. Era de esas

citas célebres que no se me habían olvidado a las dos horas de oírlas o leerlas, como me sucedía con los chistes.

Pues bien, lo que yo tenía en aquel momento era una cantidad de dudas solo comparable con la desmesurada curiosidad que me embargaba. De lo que sí carecía, era de conocimiento. Empezaba a crisparme de sobremanera que todo lo rocambolesco y surrealista que estaba ocurriendo a mi alrededor, tuviese que ver con algo escabroso que parecía ocultaba mi pasado. ¡Joder! ¿Qué coño pasaba con mi pasado? ¿Quién era esa señora alterada que había requerido la presencia de mi suegra? ¿Qué cojones había hecho ese médico? ¿Qué mierda estaban trapicheando mis cuñados?

En fin, una serie de minucias que me atañían y que me estaban causando más ira de la que jamás había tenido en estado de consciencia. Vale, reconozco que jamás fui el hombre más diplomático del planeta, pero de alguna manera sí era una persona digamos... Prudente, paciente e incluso reservada en los casos en los que se requería. Eso sí, mi punto de ebullición en según qué cosas, estaba un poco bajo de temperatura. Cosa que me había acarreado varios problemillas a nivel laboral, matrimonial y circulatorio sobre todo. La verdad, mi jefe, en ese momento no estaba haciendo por ayudar a que esa burbuja efervescente de ira se mantuviese calmada...

—No, mire, creo saber a lo que se está refiriendo, pero creo que no es el momento ni el lugar para hablar algo así —comentó con voz tenue y sosegada la cascarrabias. Ni en mis mejores pesadillas aquel tono hubiese cabido en la garganta de esa señora.

—¿Lo dice por Lázaro? Creo que él no está en disposición de enterarse de nada.

—Eso nunca se sabe, a veces, escuchan cosas la gente que está en coma. Aún así, no me refiero a él. El hospital tiene oídos, y bocas, de hecho, supongo que esas bocas son las que han provocado que usted tenga la información que dice tener.

—Vivimos en un país en el que todo se construye a base de favores y rumores. Digamos que lo que las mujeres llaman cotillear, nosotros lo llamamos, informarnos. Y sí, tengo información relevante al respecto de ciertos asuntos turbios que tienen que ver con algunos temas relacionados con el equipo del doctor que atiende a Lázaro, desde hace varios años. Y con algo quieren solucionar ahora por la vía rápida.

—Dijo que dirigía una empresa de publicidad ¿no es así?

—Así es.

—¿Solo? ¿Para qué necesita una empresa de publicidad tener esas informaciones? Le correspondería más a los periodistas sensacionalistas, e incluso a...

Se autocensuró ella misma antes de acabar la frase.

—Soy un hombre muy atareado, tengo inquietudes, llamémoslo así. Pero sobre todo tengo contactos en la prensa y en los bufetes que valoran mucho mis informaciones.

—Supongo que su inquietud mayor será el dinero.

—Tal vez, pero, ¿quién no tiene esa inquietud hoy día? Sin ir más lejos, el doctor también debió tener muchas inquietudes parecidas para hacer lo que hizo con el hijo de Lázaro ¿verdad? Y lo que pretende hacer ahora con él.

Uy, uy, uy... Se dispararon todas las alarmas de mi cuerpo. Fue tal el impacto que causó esa afirmación de mi jefe en mi cabeza y mi pecho, que no sé cómo no saltaron por los aires todos los aparatejos médicos a los que me tenían conectado. ¿Qué cojones pintaba mi hijo en toda esta situación surrealista? ¡Que alguien hable claro ya de una puta vez o se me va a ir la olla!

Aquel momento del día dio lugar a la primera de las noticias que iba a revolucionarlo todo.

—Mire, yo no sé los detalles de lo que ocurrió. Sé que sucedieron cosas, pero en aquel momento, era nueva en el equipo del doctor que asistió el parto del hijo de Lázaro y Marta. Yo no tengo nada que ver con los rumores, se lo aseguro.

Las palabras de la cascarrabias sonaban excesivamente suplicantes, casi lastimosas. Era como si de repente toda su vigorosidad, soberbia y estupidez se hubiesen visto amenazadas. Como si en su pasado hubiese algo que quisiese borrar a toda costa. ¿Qué cojones pinta mi hijo en todo esto? Es más, ¿qué cojones pasó en el parto? Volví a repetir, con la absurda intención de que esas ondas y mensajes mentales llegasen a ellos de alguna forma y me contestasen.

—¡Mire, señora! Creo que no está en disposición de mentirme demasiado. Le diré una cosa. Tengo a varios abogados y directores de periódico esperando a que les envíe una lista con todos los nombres del equipo que participó en el cambio de bebés durante el parto de la señora que está montando un espectáculo ahora mismo en la puerta del hospital.

Sabíamos que el jefe estaba muy bien relacionado con algunas personas influyentes de la prensa local e incluso nacional, pero nunca hubiese imaginado que su influencia llegase a esos niveles. Él estaba gordo ya de por sí, pero se notaba que quería ser otro pez gordo de esos que controlan la dirección del mundo.

Empezaba a plantearme que la agencia de publicidad era tan solo un mecanismo tapadera o una empresa puente para poder actuar con impunidad y libertad. ¡Qué hijo de...! En fin, debo reconocer que en ese momento miraba con otros ojos a mi jefe, pero lo que también empezó a rondar mi cabeza, fueron ciertas piezas que ahora parecían tener otro sentido diferente al que en su día percibí. Un halo de dolor y desolación comenzó a batirse en mí.

—¿Disculpe?

—Vamos a ver. Imagino que ve las noticias, ¿no? Alguien que tiene tanto tiempo libre incluso durante su trabajo, leerá los periódicos, o verá la televisión mientras comen tostadas en sus «offices».

—Sé que se está hablando de una posible implicación del doctor en un caso de intercambio de bebés y de eutanasias ilegales. Pero todo son especulaciones. El doctor es una persona muy respetada en el gremio de medicina de todo el país. Alguien influyente, será difícil que...

—No se trata de casos aislados. Me resulta patética tu forma de hacerte la despistada, y lo cierto es que a lo mejor estás más confundida de lo que pensaba. ¿No te parece casualidad que el médico que está llevando el caso de Lázaro, fuese el que cambió a su hijo al nacer? ¿No te parece casualidad que el abogado y el juez que instruyen la investigación sobre el caso del doctor sean los mismos que los de la familia Montes?

—Caballero, acaba usted de hacer una afirmación muy delicada —dijo susurrando con cierta congoja.

—Sólo he hecho preguntas. Las afirmaciones las harán los jueces. Aunque algunas afirmaciones no son ciertas del todo. Pero yo descubriré la verdad de todo.

Hubo unos segundos de silencio. Supongo que fueron esos silencios en los que los dialogantes se retan visualmente, o se postulan de modo expeditivo.

—Sigo sin saber para qué busca usted esa información y porque quiere... Si fuese por dinero, le importaría bien poco sacar a la luz la verdad. La verdadera verdad, me refiero.

—La verdadera verdad nunca es posible, amiga —dijo con sonsonete—. Lo que entendemos por verdad, es el camino más fácil hacia las pruebas más creíbles. Para llegar a ellas hay que comprar algunas mentiras. Y en esas mentiras es donde entras tú. De modo, que si me cuentas lo que yo necesito saber, dejaré de contar ciertos asuntos que yo sé de ti. Como por ejemplo que el hijo de Lázaro nació con síndrome de Down y que los padres de Marta pagaron

una cuantiosa suma al doctor para que cambiase el bebé nada más nacer por otro «sano» de otra familia —comprended mi estupefacción. No daba crédito de lo que estaba oyendo. ¿A mi jefe se le había ido la olla o mi mundo estaba dando un vuelco?—. Claro, aquello no podía permitirse en una familia como la de los Montes. Un hijo, nieto o sobrino al que tuviesen que esconder no entraba en sus planes de futuro ni de presente. Pero fíjese, resulta que en el equipo del doctor, de repente surge una enfermera, que ahora trabaja en la UCI, a la que al parecer se le va la lengua más de lo debido.

—No sé a qué se refiere —la voz de la enfermera cascarrabias cimbrió.

—Pues a que el dinero no solo mueve mis inquietudes, sino también la de enfermeras del hospital. Y la prensa, por este tipo de noticias paga bien, ¿verdad? —dijo con un marcado sonsonete—. Vamos a hacer una cosa. Usted deja de hacerse la sueca y de fingir que no filtró a la prensa la información que tenía sobre el cambio de bebés que el doctor hizo hace siete años...

—¡Silencio! ¿Podría ser algo más prudente? Si tanta información tiene, no es lo más conveniente airearla así, aquí precisamente. Cállese y le contaré lo sucedido. Vayamos a otro sitio. Sígame.

¡Noooooooooooooooooooo! ¡Que no se vayan, joder!

## Viernes de 2015. 16:00 pm.

Cuando tienes demasiado tiempo para pensar, tienes demasiado tiempo para cabrearte. Sobre todo cuando no sabes qué leches está pasando en tu vida. En menos de tres horas me había enterado de la intención que mi familia política tenía de provocarme la eutanasia (es decir, limpiarme la capaza) para posiblemente cobrar un seguro de vida o algo similar (amén de erradicarme de sus vidas, y que deseaban como agua de mayo), de que mi jefe era un hijo de puta muy influyente y despiadado, de que mi mujer estaba metida en algo extraño y turbio y de que mi hijo había nacido con síndrome de Down y lo habían cambiado al nacer. Entendedme si la ira es el pecado que habitaba en mi cuerpo ahora mismo. Porque la ira no es otra cosa que fruto de la impotencia, fruto de la mierda de sociedad en la que vivimos. Fruto de ser un manso incapaz de hacer nada de nada para revertir la situación que se estaba dando. Esa debe de ser la ira de los mansos de la que hablaba Saramago. O por lo menos la mía.

Nadie entró al box en las siguientes... ¿cuatro horas? Era como si la UCI se hubiese convertido en un pueblo fantasma. Lo más desastroso de todo fue que en los siguientes dieciocho días tampoco vino nadie a visitarme salvo los médicos y enfermeras. Todos ellos nuevos. Ni la cascarrabias, ni la argentina, ni la guarrilla, ni la de prácticas, ni mucho menos el doctor. Los habían cambiado a todos como por arte de magia.

Yo crucé repetidos estados de histeria en ese periodo de tiempo, hasta el punto de que vi mi muerte más cerca que nunca. Pero el cuerpo humano de alguna manera tiene instinto de lucha cuando entiende que hay algo de suma importancia que debe ocurrir sí o sí. Mis oídos, la única parte viva de mis sentidos, estuvieron en marcha para oír llegar a Marta.

Al decimonoveno día de incertidumbre y de ira, Marta se plantó en el box cinco de la UCI. Estaba callada. El corazón le iba muy rápido. Podía notar sus palpitos. Podía escuchar el susurro de su respiración cada vez más cerca de mí. Marta estaba asustada y tranquila a la vez. Después de tantos años conviviendo en pareja, cada uno de los cónyuges adquiere una sensibilidad especial para reconocer cualquier estado de ánimo de la otra media naranja sin



necesidad de poder tocarla o verla. Con un solo sentido eres capaz de descubrirla donde sea y como sea. Y eso es tan romántico como peligroso. Porque te conviertes en amo de una persona y a la vez esa persona dueña de ti.

Mi hijo no venía con ella, o quien quiera que fuese ese niño de siete años que había vivido con nosotros. Se debió sentar a mi lado. Escuché el ruido de una silla arrastrar. Luego percibí el sonido de las hojas de un periódico desplegándose. Respiró profundo y me dijo:

—¡Lázaro despierta!

No supe qué hacer. No podía hacer eso que me pedía. ~~Però~~ entendí que lo único que quería Marta, era que la escuchase. Y ella no lo sabía, pero era la vez en mi vida que más atento estaba a sus palabras. No sé qué había pasado, no sé qué había hecho, ni qué iba a pasar o hacer, pero en ese instante la amé. La amé como la primera noche que nos conocimos. Y así, ella habló. Leyó, mejor dicho.

—Voy a contarte lo que ha pasado, Lázaro —Marta leyó un artículo de la sección de sucesos de un importante periódico de tirada nacional. Lo leyó con voz fría, casi sin articular sentimientos, hasta que lo acabó por completo.

*...Se esclarecen más datos sobre el «Caso Montes». La madre de la familia Montes declara que en ningún momento conocía las intenciones del doctor para practicar la eutanasia a su yerno, Lázaro. Afirma que estaban al tanto del cambio de bebés, pero que en ningún momento ellos provocaron esa situación. «El doctor recibía una cuantiosa suma de dinero al entregar los niños con síndrome de down a una agencia de adopción de niños con deficiencias... Practicándole la eutanasia a Lázaro evitaba pruebas de sangre y eliminar ciertos flecos que levantarían sospechas. Sabía que la prensa estaba detrás de ese suceso».*

*Las declaraciones de la madre de la familia Montes han causado controversia y el revuelo en el proceso judicial, ya que las investigaciones han revelado información contrastada de un fraude con los seguros de la empresa GESTMONTES, propiedad de la familia. Las pruebas halladas ponen de manifiesto un claro interés por parte de la familia de cobrar una cuantiosa suma de dinero referente a un seguro de vida ficticio de Lázaro, tras ser atropellado en un accidente (cuyas causas aún no han sido del todo esclarecidas) y presentar claros indicios de no salir del coma. Los abogados de la esposa de Lázaro han demostrado la existencia de una relación económica contractual entre la familia Montes y el doctor.*

*Detrás de todo ello, aparece la figura que detonó la bomba. La madre del bebé cambiado que fue entregado a la familia Montes. Hasta ahora hijo de Marta y Lázaro. Confirmadas las pruebas biológicas, los organismos pertinentes están estudiando el caso para establecer una solución al problema que se ha desencadenado con la custodia de los dos niños.*

*Mientras tanto, el juicio contra el doctor y los responsables directos de GESTMONTES sigue en curso, pero todo apunta a varios años de prisión para cada uno de los implicados en la trama.*

*Lázaro, sigue hospitalizado en la UCI del hospital de la capital, con claros síntomas de recuperación. Ha recuperado incluso el flujo circulatorio en sus piernas y se estima una recuperación total de sus órganos en caso de despertar del coma en un plazo prudencial...*

*Agradecimientos:*

*Quiero hacer valer, en primer lugar y con especial abínco, el préstamo desinteresado que un compañero de trabajo me hizo. Y no es otro que su sugerencia, la cual sirvió de inspiración para el título y la posterior luz que encendió la idea de esta novela. Quiero dar las gracias encarecidamente por ello, a José Francisco «tanque», por darme literalmente la idea del título. Y cito textual: «Tienes que escribir algo sobre el cabreo que estoy pillando últimamente. Al final le salto los dientes a alguien. Estoy muy callado desde hace mucho pero cuando salte verás. Le puedes poner de título La ira de los Mansos».*

*Y así fue. Disculpen mi expresión, pero lo cierto es que me pareció un título cojonudo para una novela como ésta. Y el mérito es única y exclusivamente suyo. Luego, me tocaba a mí conformar la trama y vestir la historia. Pero el daño ya estaba hecho, como se suele decir. La ira se había desatado.*

*En segundo lugar, quiero enviar mi agradecimiento, y no por esta novela sino por todo lo que hago, a las siguientes personas:*

*Elena Campos, Lola Guerrero, Sergio Llanes, Isabel García, Raúl (Ratón), Asun (Asiento), Pedro Martí, Jesús Boluda, Adolfo Navascues, Flores Yepes, y en especial a Alexander Cooperwhite y Asensio T. Piqueras, por ser de esas personas que dan sin recibir y que si le pides algo te trae tres «algs».*